

LIBRO NOVENO

PRÓLOGO

Del mundo y de sus cuatro partes

[257] En las sagradas páginas, saber establecer distinciones es propio de una gran inteligencia. En algunos casos, efectivamente, hay que tener en cuenta, muy a menudo, tanto la historia como la alegoría; en otros —también frecuentemente— ha de considerarse sólo la alegoría; en otros, finalmente, sólo ha de prestarse atención a la historia.

En algunos lugares —como queda dicho— ha de tomarse en consideración la historia junto con la alegoría, para que los que son más tardos en ingenio se alimenten mediante la historia [258] y los que son de entendimiento más ágil lo hagan por medio de la alegoría.

De aquí que, cuando empezó a oírse la voz de Dios y percibió el pueblo llamaradas de fuego y el sonar de la trompeta y el monte echando humo [cf. Éx 19,16], lleno de terror, pidió al Señor que les hablara por medio de Moisés. De ahí que esté escrito: «*Se mantuvo el pueblo de lejos, pero Moisés subió a la densa nube donde estaba Dios*» (Éx 20,21).

La muchedumbre del pueblo no puede penetrar, ciertamente, la densidad de la alegoría, porque es propio de muy pocos escudriñar el sentido espiritual. [259] Con gran frecuencia, en efecto, las mentes carnales sólo pueden alimentarse de la historia y, cuando Dios habla, el pueblo se mantiene a distancia.

Pero, puesto que los hombres espirituales penetran la nube de las alegorías, para conocer espiritualmente las palabras de Dios, subió Moisés a la densa oscuridad en la que se encontraba Dios.

Ésta es la razón por la que nosotros, en esta obra en la que nos propuesto escribir sobre los diferentes significados de las cosas, consideramos, en primer lugar, las cosas en sí mismas y tratamos, después, brevemente sobre cuál es su significado, de manera que, comenzando por el mundo, pasemos después a hablar de sus ascendientes¹.

El mundo es el cielo y la tierra, el mar y lo que hay en ellos. Son obra de Dios. Sobre esto está escrito: «*Y el mundo por medio de él fue hecho*» (Jn 1,10). En latín, los filósofos dan al mundo este nombre, porque está en perpetuo movimiento, como el cielo, el sol, la luna, el aire, los mares. Ningún descanso, en efecto, se concede a sus elementos, de manera que está siempre en movimiento.

Por la diversidad de sus elementos y la belleza de sus astros, los griegos escogieron para

¹Sigue *Etym.*, XIII,1,1.2b.

el mundo un nombre que tenía que ver con el exorno. Lo llamaron, por tanto, *kósmos*, que significa *ornato*, pues ninguna otra cosas más hermosa que el mundo contemplan nuestros ojos de carne².

El mundo, pues, viene percibido, unas veces, en su materialidad, es decir, como conjunción de los distintos elementos que lo conforman; pero se lo entiende, otras veces, según la alegoría, ya tenga ésta un sentido positivo, ya negativo.

El mundo es entendido en sentido histórico allí donde el Evangelio dice: «*En el mundo estaba y el mundo por medio de él fue hecho*» (Jn 1,10). Y también cuando dice el Señor: «*Yo he venido como luz para este mundo*» (Jn 12,46)³.

En el mundo estaba ciertamente y el mundo fue hecho por medio de él, porque era Dios, todo y en todas partes, porque rigiéndolo con el poder de su majestad y sosteniéndolo sin trabajo alguno, lo hizo. Y en el mundo, que anteriormente su divinidad creó, apareció después, nacido hombre.

Pero lo que a continuación se lee: «*Y el mundo no lo conoció*» (Jn 1,10), significa a los hombres seducidos por el amor del mundo y que, por estar apegados a la criatura, son refractarios al reconocimiento de la majestad de su Creador⁴.

Pero de los dos modos —como hemos dicho— se entiende el mundo: el del pecado y el de la santidad. En cuanto a lo que el Señor dice al Padre: «*Para que el mundo crea que Tú me enviaste*» (Jn 17,21), y en otro lugar: «*Para que el mundo conozca que amo al Padre*» (Jn 14,31), llama «mundo» o bien a los que habían de creer, o bien a los que ya creían que Cristo era el Hijo de Dios, enviado al mundo por el Padre para la salvación del género humano⁵.

Y en cuanto a lo que dice: «*Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido*» (Jn 17,25), el mundo no lo conoció precisamente porque fue condenado⁶ a causa de la justicia; pero el mundo que había de ser salvado te conoció por la misericordia. Y así Cristo reconcilió el mundo con el Padre no por los méritos del mundo, sino por la fuerza la gracia⁷.

Se desprende de aquí que Jesús es el salvador del mundo, es decir, de la Iglesia católica, porque él es el salvador de todos y, particularmente, de los fieles⁸.

En por lo que se refiere a las palabras de Jesús: «*Porque viene el príncipe de este mundo y en mí no encuentra nada*» (Jn 14,30), el evangelista muestra que el diablo es el príncipe de los hombres pecadores, no de las creaturas de Dios. Y cada vez que la figura del mundo aparece con significado negativo ninguna otra cosa da a entender, sino a los que aman este mundo, pero no a Dios. Por tanto, desterremos de nosotros la idea de que el diablo es el príncipe del cielo y de la tierra y de todas la creaturas a las que, generalmente, aplicamos el [260] nombre de *mundo*, pues todo él sirve a su Creador, no a su engañador; al que lo redime, no al que lo mata. Es regido por la providencia divina y no aniquilado por la maldad del enemigo, a excepción de los hombres de su partido, quienes por su propia voluntad, no por necesidad alguna, se someten al diablo.

²Sigue Rab.

³Sigue ALCUIN., *In loh.*, 1,10 (PL 100, 0747B-C), con variantes; cf. BEDA, *in loh.*, 1 (PL 92, 0640C).

⁴Sigue ALCUIN., *In loh.*, 17,20 (PL 100, 0967B).

⁵Sigue ALCUIN., *In loh.*, 17,22 (PL 100, 0968), con variantes; cf. AUG., *In loh.*, 111,5 (PL 35, 1929).

⁶TL, *damnatus est*; Alcuin., *damnandus est*.

⁷Sigue Rab.

⁸Sigue ALCUIN., *In loh.*, 14,30 (PL 100, 0940C-D); cf. BEDA, *in loh.*, 14 (PL 92, 0835B-C); AUG., *In Evang.*, loh 79,2 (PL 35, 1838).

Con el vocablo *mundo* se designa también, a veces, la ambición misma de las cosas terrenales. De aquí lo que dice el apóstol Juan: «*No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque todo lo que está en el mundo es la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida*» (1Jn 2,15-16)⁹.

Con la expresión *todo lo que está en el mundo* se refiere a todos los que ponen su mente en las cosas terrenales, a todos los que entregan su amor a las cosas del mundo. Hacen lo contrario de los que viven en el cielo, cuyo corazón está arriba, aunque en su carne peregrinen en la tierra.

Todo lo que está en el mundo, es decir, los que aman el mundo no poseen otra cosa que la concupiscencia de la carne y de los ojos, y la soberbia de la vida, pecados éstos que encierran en sí toda otra suerte de pecados.

La concupiscencia de la carne es todo aquello relacionado con las pasiones y gustos del cuerpo, entre lo que sobresale el comer, el beber y el placer del sexo, tres cosas que Salomón compara con las sanguijuelas [cf. Prov 30,15].

La concupiscencia de los ojos, que consiste en aprender artes impías, en contemplar espectáculos vergonzosos o fútiles, en adquirir bienes temporales y en dar conocer y propagar los pecados del prójimo.

Y la soberbia de la vida, propia de quien se gloria de sus honores. Estas tres cosas tientan la pasión humana. Tentaron también a Adán y al mismo Señor¹⁰.

Ahora bien, cuatro son las regiones o zonas del mundo: Oriente, Occidente, Septentrión y Mediodía. Al Oriente se le llama así por la salida del sol. El Occidente recibe este nombre porque hace morir y terminar el día, pues oculta al mundo la luz y extiende sobre él las tinieblas. Por las siete estrellas que giran a su alrededor esta zona del cielo recibe el nombre de Septentrión. Con toda propiedad se la llama *vértice*, porque rueda¹¹, como dice el poeta¹²: *Rueda entretanto el firmamento*. El nombre de Mediodía se debe bien a que en él el sol divide el día en su mitad, como si dijéramos *medidies*, bien a que el cielo brilla en ese momento más puro, pues *merum* significa *puro*¹³.

[Místicamente, Oriente significa al Señor Salvador, como dice Lucas: «*Nos ha visitado el que nace de lo alto*» (Lc 1,78). Y en el profeta Zacarías: «*He aquí un hombre, cuyo nombre es Oriente*» (Zac 6,12).

Oriente es el pueblo judío o la iluminación de la fe, como en Isaías se dice de la Iglesia: «*De Oriente haré volver su semilla*» (Is 43,5).

Occidente es el pueblo de la gentilidad, como en el ejemplo anterior: «*Y de Occidente te reuniré*» (Is 43,5)¹⁴.

Pero Occidente significa el eclipse de una vida mejor o el ocaso de la muerte. De ahí que acerca de los pecadores esté escrito en el Profeta: «*Se pondrá el sol al mediodía*» (Am 8,9). Y dice también el salmista: «*Preparad el camino al que sube por el Occidente: su nombre es el*

⁹Sigue BEDA, in 1Ioh., 2 (PL 93, 0092C-0093A).

¹⁰Sigue Etym., XIII,1,3-6.

¹¹Vertex > vertere.

¹²VIRGILIO, En., II,250: Vertitur interea vertitur.

¹³Sigue Clav., 6,1,12-14 (pág. 29).

¹⁴Sigue Rab.; cf. Clav., 4,16 (pág. 18).

Señor» (Sal 67,5)¹⁵.

El Ocaso significa asimismo el apaciguamiento de las pasiones excitadas tras los ardores de la tentación, como se ordena en el Deuteronomio¹⁶, esto es, que aquél que, durante el sueño, haya tenido un derrame seminal —es decir, pensamiento oculto— no vuelva al campamento hasta haber lavado su ropa y se haya puesto el sol¹⁷.

El Oriente, por su parte, designa el comienzo de nuestra vida feliz; el [261] Ocaso, el apego a un modo de vida mal llevado, como se dice en el salmo: *Como dista el Oriente del Ocaso, alejará de nosotros nuestras iniquidades* (Sal 102,12). Pues vivíamos en el Ocaso, cuando los vínculos del pecado nos tenían apresados; vivimos en el Oriente, cuando, por el agua de la regeneración, nos visita el sol verdadero y hace que se disipen las tinieblas de nuestros delitos. Así, pues, cuando nuestros pecados son perdonados¹⁸, tan lejos están de nosotros nuestras iniquidades, cuanto dista la claridad del día de la oscuridad de la noche. Oriente significa el reino de Dios, como Ocaso la *gehenna*, cuya separación del lugar de los justos es tan grande que hace decir a Abrahán, refiriéndose al rico: «*Entre nosotros y vosotros existe un gran abismo*» (Lc 16,26)¹⁹.

La parte septentrional del mundo, de donde procede el hielo y la sequedad, es figura del diablo o del frío de la infidelidad. Sobre ello está escrito: «*Tú creaste el Aquilón y el mar. El Tabor y el Hermón exultarán en tu nombre, tu brazo con poder*» (Sal 88,13-14).

Con el nombre de Aquilón se designa al diablo: *Pondré mi sede en el Aquilón y seré semejante al Altísimo* (Is 14,4). De aquí que en otro lugar [cf. Prov 25,23]²⁰ se lea que el Aquilón es un viento severo que, con otro nombre, viene llamado *diestro*, bien porque el diablo presume de tener por nombre *diestro*, como el que es bueno, bien porque se hace la derecha de los que miran a Occidente, es decir, al pecado²¹.

El Aquilón significa la gentilidad, como en Isaías: «*Diré al Aquilón: da*» (Is 43,6). Y en el Salterio: «*Los lados del Aquilón, la ciudad del gran rey*» (Sal 47,3). Y en Job: «*Del Aquilón viene el oro*» (Job 37,22)²².

La región meridiana del mundo —llamada también *austral*, debido al viento que lleva este nombre— con su calor disipa el frío y derrite el hielo. Significa la gracia del Espíritu Santo, que con el ardor de la caridad expulsa el frío de la infidelidad y reblandece la dureza del pecado. De ahí que esté escrito: «*Convierte, Señor, nuestra cautividad como torrente en el Austro*» (Sal 125,4). Significa también este viento al pueblo judío, que posee en las Escrituras la luz de la Ley y de los profetas, como el Aquilón, que representa al pueblo gentil, indigente en las tinieblas de la infidelidad y en la necedad del error. A ambos pueblos los llamó a sí la gracia de Cristo, por medio del Evangelio. Así como con el Aquilón se representan las adversidades del mundo, con el Austro se significan sus lisonjas. Con esta doble expugnación es probada la Iglesia y, por la constancia de la fe, se esparce el admirable perfume de las virtudes.

¹⁵Sigue *Clav.*, 4,17 (pág. 18).

¹⁶Pero se trata del libro del Levítico.

¹⁷Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 102,12 (PL 70, 0722C).

¹⁸TL, *denotantur*, Cassiod., *donantur*.

¹⁹Sigue *Rab.*; cf. *Clav.*, 6,1,16 (pág. 29).

²⁰Sigue HIER., *In Is.*, 15,31.32 (PL 24, 0230 A).

²¹Sigue *Clav.*, 6,1,15 (pág. 29).

²²Sigue *Rab.*

De ahí que en el Cantar de los Cantares diga la esposa: «*Levántate, Aquilón, y tú, Austro, ven; sopla en mi huerto y fluyan sus aromas*» (Ct 4,16)²³. *Levántate* es la voz de quien confía, no de quien ordena²⁴.

También, en sentido contrario, se entiende el Mediodía, como en el salmo: *De la caída y del demonio meridiano* (Sal 90, 6)²⁵. El demonio meridiano es el peligro ingente encendido por el fuego de la persecución, donde se siente el temor de la caída²⁶.

El Austro es la Iglesia que, procedente de los judíos, fue la primera que creyó en Cristo, como se dice en el Profeta: *Los que habitáis en la tierra del Austro llevad agua al sediento* (Is 21,14), es decir, el bautismo a los que crean. Y en Job: «*Del Aquilón viene el oro; del Austro, la temerosa alabanza a Dios*» (Job 37,22). El Austro es la santa Iglesia, encendida por el fuego de la fe|.

CAPÍTULO PRIMERO

SOBRE LOS ÁTOMOS²⁷

[262] Los filósofos llaman *atomi* [átomos] a determinadas partes de los cuerpos que existen en el mundo, tan extremadamente pequeñas que ni son susceptibles de verse ni tampoco de ser objeto de [lo que en griego se dice] *tomê*, es decir, *divisio* [división]. De ahí que se las llame *atomi* [átomos].

Se dice que revoletean por el vacío²⁸ de todo el mundo, yendo de acá para allá en continuo movimiento, como esas finísimas motas de polvo que, introduciéndose por las ventanas, se dejan ver al trasluz de los rayos del sol. Consideraron ciertos filósofos paganos que, a partir de estos átomos se originaron los árboles, la hierba y los frutos, y que de ellos nacieron y están formados el fuego, el agua y todo cuanto existe.

Ahora bien, los átomos existen en los cuerpos, en el tiempo y en los números. En los cuerpos, por ejemplo, una piedra: la divides en partes, y esas mismas partes las divides en granos, como arena; y, de nuevo, esos mismos granos de arena divídelos en granitos de polvo tan diminutos como puedas, hasta que ya te sea imposible dividirlos o partirlos más. Éstos son los átomos en los cuerpos.

Por lo que respecta al tiempo, el átomo se entiende de la siguiente manera: divides, por ejemplo, un año en meses; los meses los divides en días, y los días los divides en horas; todavía las horas admiten divisiones, hasta llegar a un punto del tiempo y a un instante tal que ya no cabe ninguna posibilidad de divisiones más pequeñas. Éstos son los átomos del tiempo.

En cuanto a los números, el ocho, por ejemplo, se divide en cuatro; el cuatro, en dos, y luego el dos, en uno. El uno es átomo, porque ya no se puede partir.

Lo mismo sucede con las letras²⁹. Divides la oración en palabras; las palabras, en sílabas,

²³Sigue ALCUIN., *In Cant.*, 4,16 (PL 100, 0653D).

²⁴Sigue Rab.

²⁵Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 90,6 (PL 70, 0652C).

²⁶Sigue Clav., 6,1,17-18 (pág. 29).

²⁷Sigue Etym., XIII,2,1-4.

²⁸TL, *per mane*; Etym., *per inane*.

²⁹TL, *sic et lutum*; Etym., *sic et littera*.

y las sílabas, en letras. La letra es la parte mínima y ya no puede dividirse.

El átomo es, por tanto, lo que no puede dividirse, como, en geometría, lo es el punto. En griego, efectivamente, *divisio* [división] se dice *tomus*; *a-tomus*, por tanto, in-división³⁰.

[Pues hasta qué punto la unidad indivisible es eficaz para mostrar en las cosas su significación mística, nos lo indica manifiestamente la Escritura, al enseñarnos, con palabras del Apóstol, que dicha unidad es el comienzo de de todo lo que existe: «*Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y por todo y en todos nosotros, que es bendito por los siglos*» (Ef 4,5-6).

De aquí que nos mande conservar solícitos la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz, para que haya un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la hemos sido llamados [cf. Ef 4,1-4]].

CAPÍTULO SEGUNDO

SOBRE LOS ELEMENTOS³¹

Los griegos llamaron *hýlē* a cierta materia primaria e informe de las cosas, pero susceptible de toda clase de forma corpórea, a partir de la cual se han formado todos los elementos visibles. Los latinos la llamaron *materia*, porque todo lo que no tiene forma y es punto de partida para que algo sea hecho recibe el nombre de *materia*. Por ello los poetas³² la denominaron también *silva* [selva]. Y no sin razón, porque la *materia* [maderas] es propia de las selvas.

Los griegos llaman a los elementos *stoicheia*, ya que convienen entre sí con una determinada armonía de asociación y conjunción, pues, según se dice, la unión existente entre ellos se debe a cierta razón natural, de manera que, indagando en su origen, ora a partir del fuego [263] hasta la tierra, ora a partir de la tierra hasta el fuego, encontramos que el fuego acaba en aire, el aire se condensa en agua, el agua se endurece en tierra; y, a la inversa, la tierra se diluye en agua, el agua se evapora en aire y el aire se convierte fuego. Por consiguiente, todos los elementos se encuentran en todas las cosas, pero cada una de ellas ha recibido su nombre de lo que en mayor abundancia posee.

Ahora bien, con providencia divina están distribuidos en los propios seres animados³³. Pues el mismo Creador llenó el cielo de ángeles, el aire de aves, el mar de peces, la tierra de hombres y de los demás seres³⁴ vivientes.

³⁰Sigue *Rab.*

³¹Sigue *Etym.*, XIII,3,1-3.

³²TL, *Provide et eam silvam*; *Etym.*, *Proinde et eam poetae silvam*.

³³TL, *propriis minutis distributa*; *Etym.*, *propriis animantibus distributa*.

³⁴TL, *hominibus, ecclesiisque animantibus*; *Etym.*, *hominibus caterisque animantibus*.

CAPÍTULO TERCERO

SOBRE EL CIELO³⁵

El *coelum* [cielo] es llamado así porque, a modo de un vaso labrado³⁶, tiene impresas, como adornos, las luces de las estrellas³⁷.

[Pero, en las sagradas Escrituras, el cielo recibe también el nombre de *firmamentum* [firmamento] porque es el espacio en el que se mueven los astros y permanece firme mediante leyes precisas y fijas. En ocasiones, se le llama también *aer* [aire], lugar donde se producen los vientos, las nubes, las turbulencias y vendavales.

La mayor parte de las veces, en las sagradas Escrituras, incluso aquellas cosas que pueden entenderse en sentido histórico, han de entenderse espiritualmente, en modo que se considere, por un lado, la verdad histórica y se capte, por el otro, el sentido espiritual oculto en la alegoría.

Veamos, por ejemplo, lo que dice el salmista: «*Porque veré tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú fundaste*» (Sal 8,4). He aquí que, en este caso, las palabras se fundamentan en la verdad histórica, pues efectivamente los cielos son obra de Dios, y Él creó y estableció la luna y las estrellas.

Pero si el salmista afirma esto sólo según la historia y no también conforme a su sentido místico, el que ha profesado que los cielos son obra de Dios y continúa hablando de la luna y las estrellas, ¿por qué no ha mencionado también el sol, que sabemos que es igualmente obra divina? Pues si solamente hablaba en sentido histórico, antes de hablar de lo que ilumina menos debió hablar de lo que ilumina más, es decir, primero del sol y después de la luna y las estrellas que habían sido creadas.

Pero, puesto que hablaba según el sentido místico, habremos de entender que la luna es la santa Iglesia y los hombres santos las estrellas. No quiso nombrar el sol, porque estaba hablando al mismo sol eterno, del que está escrito: «*Pero para vosotros, los que teméis a Dios, nacerá el sol de justicia*» (Mal 4,2)³⁸.

En sentido alegórico, el cielo significa, a veces, al mismo Señor salvador, como por ejemplo: «*El cielo para el Señor del cielo*»³⁹ (Sal 113,24), pues del mismo modo que recibe el nombre de *Sanctus sanctorum* [Santo de los santos] y *Deus deorum* [Dios de los dioses], recibe también con toda justicia el de *coelum coelorum* [Cielo de los cielos], en el que habita la plenitud de la divinidad⁴⁰.

Otras veces, en cambio, significa a las potestades angélicas, como en el Génesis: «*En el principio hizo Dios el cielo y la tierra*» (Gén 1,1). Lo llamó antes firmamento porque fueron estos cielos los primeros en ser bien fundados; pero los llamó, después, firmamento [cf. Gén 1,6] porque, para que nunca jamás cayesen, recibieron el poder de inmutabilidad. A ellos se les

³⁵Sigue *Etym.*, XIII,4,1-3a.

³⁶*Caelum* > *caelatum*.

³⁷Sigue GREG. M., *In Ezech.*, 2,1,3 (PL 76, 0936C-0937B).

³⁸Sigue Rab.; cf. CASSIOD., *In Psalm.*, 113,25 (PL 70, 0816D).

³⁹Aunque la cita del salmo habría que entenderla de otra manera, esto es, *el cielo, para el Señor del cielo*.

⁴⁰Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 3,1.4.5 (pág. 12).

dice por medio del Profeta: «*Oíd, cielos..., porque ha hablado el Señor*» (Is 1,2).

También a los profetas, apóstoles y santos hombres se les llama con el nombre de cielo; por ejemplo: «*Los cielos proclaman la gloria de Dios*» (Sal 18,2), pues, al anunciar ellos el advenimiento de Cristo, llenaron la tierra de santas exhortaciones.

[264] De estos cielos en otro lugar se dice: «*Por la palabra del Señor fueron afianzados los cielos y por el Espíritu de su boca todo su poder*» (Sal 32,6), pues Cristo, después de su ascensión a lo alto, enviando su Espíritu santo sobre los apóstoles, los fortaleció en la fe y en el conocimiento⁴¹.

Por tanto, «*al principio hizo Dios el cielo*» (Gén 1,1), es decir, a los seres espirituales, que meditan y buscan en él las cosas celestiales. Hizo también a los seres carnales, que aún no han abandonado⁴² al hombre terreno⁴³.

Significa, otras veces, el cielo la contemplación de las cosas supernas, como por ejemplo: «*Ascienden hasta los cielos y descienden hasta los abismos*» (Sal 106,26). Subimos a los cielos, cuando penetramos en las cosas más altas; pero bajamos al abismo, cuando, por nuestras torpes tentaciones, somos precipitados repentinamente de la cima de la contemplación.

Por lo general, en los santos Evangelios, con la expresión *reino de los cielos* se hace referencia a la Iglesia presente, pues a la asamblea de los justos se la denomina ciertamente de esta manera.

Dice el Señor por medio del profeta: «*El cielo es mi sede; la tierra, escabel de mis pies*» (Is 66,1). Y en Salomón se lee: *El alma del justo, sede de la sabiduría* (Prov 15⁴⁴).

También Pablo dice que Cristo es la *fuerza y sabiduría de Dios* (1Cor 1,24). Con claridad se comprueba que Dios [tiene su sede en el alma del justo⁴⁵], es decir, que reina y que determina sus juicios. Pues este cielo y este aire —como más arriba dijimos— hay que entenderlos como el cielo —esto es, como el aire— en el que se nos dice que fue raptado Elías [cf. 2Re 2,1].

Es el lugar donde habitan los espíritus inmundos de los que habla el Apóstol: *Pues nuestra lucha no es contra la carne y la sangre..., sino contra los espíritus del mal que están en los cielos* (Ef 6,12). Y dice también otro apóstol: «*Pero los cielos y la tierra que ahora existen están reservados por esa misma palabra, guardados para el fuego del día del juicio*» (2Pe 3,7)⁴⁶.

Otras veces, con el nombre de «cielo» se hace referencia a las sagradas Escrituras, de las cuales se dice: «*Tú que extiendes el cielo como piel*» (Sal 103,2)⁴⁷. Por medio de ellas, luce para nosotros el sol de la sabiduría y la luna de la ciencia; y por medio de los antiguos Padres, las estrellas de la ejemplaridad y de la virtud. *El cielo se extiende como una piel*, porque, formado en lenguaje humano por obra de sus escritores, se despliega ante nuestros ojos, al ser explicado por las palabras de los doctores. *El Señor cubre sus altas moradas en las aguas de este cielo* [cf. Sal 103,3], porque [en las santas Escrituras] se narran las realidades sublimes que las palabras

⁴¹Sigue ISID., *In Gen.*, 1,2 (PL 83, 0209B).

⁴²TL, *posuerunt*; ISID., *deposuerunt*.

⁴³Sigue Rab.; cf. CASSIOD., *In Psalm.*, 106,26 (PL 70, 0773B-C).

⁴⁴La expresión no es de la Vlg. Se refiere con toda probabilidad a Prov 12,23, donde hebr. dice בִּסֵּה הָעֵץ אֶרֶץ, esto es, *hombre cauto es el que oculta su ciencia*. La posible confusión entre el participio בִּסֵּה (el que oculta) y el sustantivo כִּסֵּה (sede, trono...) ha motivado probablemente la lectura del TL: *anima iusti sedes sapientiae*. Véase también GREG. M., *Moral.*, 28,18,55 (PL 76, 0508C).

⁴⁵TL, *liquido comprobatur Deum*, etc., pero léase *Liquido comprobatur Deum in in anima iusti sedere*.

⁴⁶Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 3,3 (pág. 12).

⁴⁷Sigue GREG. M., *In Ezech.*, 1,9,30 (PL 76, 0883C-D).

divinas contienen —esto es, lo referente a la naturaleza de la divinidad o a los gozos eternos—, realidades ocultas aún para nosotros y que sólo los ángeles conocen en lo secreto [...]. Pues en otro lugar del Salterio se lee: «*Alabadlo, cielos de los cielos, y que las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor*» (Sal 148,4-5)⁴⁸. Aunque leamos en el libro del Génesis que fue creado un único cielo, el apóstol Pablo, sin embargo, se refirió a él utilizando el plural, al contar que fue arrebatado hasta el tercer cielo y que conoció allí cosas que para el hombre resultan inefables (2Cor 12,2-4). Lo cual concuerda, tal vez, con el argumento antes señalado. Lo mismo que hablamos de la existencia de un único palacio, rodeado de muchos miembros y espacios, de manera parecida podemos, quizá, hablar de «cielos», cuando queramos hacer referencia a las diversas partes que lo conforman, aun cuando resulte evidente que su unidad y concavidad son una sola. Pero habla también el libro del Génesis de las aguas que están sobre los cielos: «*Y separó las aguas que estaban bajo el firmamento de las que estaban sobre el firmamento*» (Gén 1,7)⁴⁹.

En efecto, las Escrituras divinas que posee la Iglesia Son entendidas como firmamento, porque el cielo [265] se plegará como un libro. Y separó sobre este firmamento las aguas, es decir, las celestiales multitudes angélicas, que —a diferencia de los hemos de leer la Ley— no tienen necesidad de recibir dicho firmamento, para oír la palabra de Dios, pues está perpetuamente contemplándolo y amándolo. Pero impuso el firmamento de su Ley sobre la debilidad de los pueblos de aquí abajo, para que, acogiénola consigo, aprendieran a discernir entre las realidades carnales y espirituales, por decirlo así, entre las aguas superiores e inferiores.

CAPÍTULO CUARTO

SOBRE LAS PARTES DEL CIELO⁵⁰

Pero este mismo lugar recibe también el nombre de *aether* [éter]⁵¹. En él están los astros y significa que es el fuego que allá en lo lato se encuentra separado de todo el mundo. [En latín], propiamente, *aether* es el elemento en sí mismo y *athera*, el resplandor del *aether*⁵².

[Las luminarias, en efecto, están colocadas en el firmamento del cielo, esto es, grabadas en el firmamento de la Ley divina, o sea, los evangelistas y doctores, entregados todos a una a exponer las sagradas Escrituras y a enseñar a los inferiores la luz de la sabiduría.

Asimismo, hace salir a un tiempo la muchedumbre de las brillantes estrellas, es decir, las numerosas virtudes existentes en la Iglesia, para que, refulgiendo en la oscuridad de esta vida —como en la noche—, separen en este firmamento de la Escritura las realidades sensibles e inteligibles —por así decirlo, la luz de los perfectos y las tinieblas de los pueblos— y sean testimonio de virtudes y milagros].

⁴⁸Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 106,26 (PL 70, 1943B-C).

⁴⁹Sigue ISID., *In Gen.*, 1,6-7 (PL 83, 0210A).

⁵⁰Sigue *Etym.*, XIII,5,1.

⁵¹TL, *Appellatur autem idem locus aethera*; *Etym.*, *Aether locus est*.

⁵²Sigue ISID., *In Gen.*, 1,10 (PL 83, 0211 A-B).

CAPÍTULO QUINTO

SOBRE LAS PUERTAS DEL CIELO⁵³

Las puertas del cielo son dos: el Oriente y el Ocaso. Por la primera sale el sol; por la segunda, se recoge⁵⁴.

[Ahora bien, las puertas del cielo significan los testamentos divinos. De aquí las palabras del salmista: «*Dio órdenes a las nubes de arriba y se abrieron las puertas del cielo*» (Sal 77,23)⁵⁵. Se dieron órdenes a las nubes —es decir, a los predicadores—, para que por las puertas del cielo —es decir, por las sagradas Escrituras— anunciaran con predicación gloriosa el advenimiento del Señor salvador, que es tomado verdaderamente como maná, cuando es saboreado en adorable comunión].

CAPÍTULO SEXTO

SOBRE LOS POLOS⁵⁶

Los polos del mundo son dos: el Septentrión y el Mediodía, pues en ellos gira el cielo⁵⁷.

[Pero estos mismos polos significan el testimonio de vida de la Iglesia presente, que se dilata por el orbe entero y que, girando en torno a los dos preceptos del amor, dirige el curso de la vida presente, tendiendo a la patria futura. De ahí que esté escrito: «*Pues del Señor son los polos de la tierra y sobre ellos colocó el orbe*» (1Sam 2,8).

CAPÍTULO SÉPTIMO

SOBRE LA LUZ

Después de la creación del cielo y de la tierra, la luz fue lo primero que formó el Creador para que la obra de Dios fuese manifestada y proclamada⁵⁸.

En sentido propio, *lux* [luz] es la sustancia en sí misma y *lumen*, la claridad que la luz desprende. Los autores, sin embargo, no suelen hacer tal distinción⁵⁹.

[Ahora bien, el vocablo *luz* es susceptible de muy variadas significaciones.

Unas veces, en efecto, significa al mismo Dios, es decir, a toda —y a un tiempo— la santísima Trinidad. Significa, otras veces, al Hijo de Dios, y otras, a los hombres santos. [266]

⁵³Sigue *Etym.*, XIII,1,7.

⁵⁴Sigue *Rab.*

⁵⁵Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 77,26 (PL 70, 0561D).

⁵⁶Sigue *Etym.*, XIII,1,8.

⁵⁷Sigue *Rab.*

⁵⁸Sigue *Etym.*, XIII,10,14.

⁵⁹Sigue *Rab.*

En ocasiones, significa la sagrada Escritura, o la predicación del Evangelio, o a la misma santa Iglesia⁶⁰.

Hemos de saber que este nombre de *luz* es común a toda la santísima Trinidad, pues leemos: «*Dios es la luz y en Él no hay tiniebla alguna*» (1Jn 1,5). Y puesto que El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios, rectamente constatamos que lo anterior viene dicho de la entera santa Trinidad: *Dios es la luz, y en Él no hay tiniebla alguna*. De aquí que el versículo siguiente se aplique con toda razón al Salvador: «*En tu luz veremos la luz*» (Sal 35,10)⁶¹.

Ahora bien, que Cristo es la luz verdadera él mismo lo manifiesta en el Evangelio, cuando dice: «*Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*» (Jn 8,12). De él dice Juan el evangelista: «*Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo*» (Jn 1,9)⁶², es decir, a todo el que es iluminado ya por las luces naturales, ya por la sabiduría divina. Pues así como nadie puede existir por sí mismo, tampoco nadie puede hallar por sí mismo la sabiduría, sino por aquél que lo ilumina, del cual está escrito: «*Toda sabiduría viene del Señor Dios*» (Sir 1,1)⁶³.

Los hombres santos reciben asimismo con toda justicia el nombre de *luz*, según palabras que el mismo Señor les dirige: «*Vosotros sois la luz del mundo*» (Mt 5,14). Y dice también el apóstol Pablo: «*Fuisteis una vez tinieblas, pero ahora luz en el Señor*» (Ef 5,8)⁶⁴. Ahora bien, mucha distancia hay entre la luz que es iluminada y la luz que ilumina; entre los que participan de la verdadera luz, para alumbrar, y la misma inagotable luz, que no sólo se basta para brillar en sí misma, sino para brillar también en todos los que su presencia llegare a alcanzar⁶⁵.

Entendemos, otras veces, por luz las sagradas Escrituras, como en el siguiente ejemplo: «*Lámpara para mis pasos es tu palabra, Señor, y luz para mis senderos*» (Sal 118,105)⁶⁶. Pues el que conoce la noche de este mundo, plagada de muy diferentes peligros —trampas, escollos, vastísimos desiertos—, da testimonio de que la palabra de Dios alumbró sus pies, para que, en ausencia de la luz verdadera, pueda evitar la caída, que sucedería sin remedio, si se cuenta sólo con los propios recursos. Pero esta palabra debe entenderse de aquello que, a través de las sagradas Escrituras, viene sembrado por boca de los profetas. Rectamente dio el nombre de *lámpara* a esta palabra, dada en beneficio del hombre para alejar la ceguera de la noche profundísima, como dice el apóstol Pedro: «*Tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención como a una lámpara que brilla en el lugar oscuro*» (2Pe 1,19)⁶⁷.

Del mismo modo, la luz es la iluminación de la fe, o el don del Espíritu Santo, como en el Salmo: «*Signada está sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor*» (Sal 4,7).

Asimismo, luz y tinieblas indican respectivamente los justos y los réprobos, como en Job: «*Sabes acaso cuál es el lugar de la luz y de las tinieblas, para que puedas llevar a cada uno a su sitio?*» (Job 38,19-20).

Luz y tinieblas significan también la justicia y la iniquidad, como en el Apóstol: *El que*

⁶⁰Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 35,9 (PL 70, 0255B).

⁶¹Sigue Rab.

⁶²Sigue BEDA, *In Ion.1* (PL 92, 0640C).

⁶³Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 4,19 (pág. 18).

⁶⁴Sigue BEDA, *In Ion.1* (PL 92, 0640B).

⁶⁵Sigue Rab.

⁶⁶Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 118,105 (PL 70, 0871D-0872A).

⁶⁷Sigue *Clav.*, 4,20-22 (pág. 18).

ama a su prójimo habita en la luz, pero el que lo odia camina en las tinieblas (1Jn 2,10-11)⁶⁸.

A la predicación del Evangelio se la llama también «lámpara», de donde las palabras del Salvador: *Nadie enciende una lámpara y la pone bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los de la casa* (Lc 11,33 [Mt 5,15])⁶⁹.

Poner la lámpara bajo el celemín es tener en más estima los intereses del cuerpo que la predicación de la verdad, y ello en modo tal [267] que se deja de decir la verdad, cuando se teme que algo puede causar molestia en los asuntos corporales y temporales⁷⁰.

Esta lámpara puede entenderse también de la humanidad del Salvador⁷¹. Pues él encendió la lámpara que llenó con la llama de su divinidad la vasija de la naturaleza humana, lámpara que ciertamente no quiso ocultar a los creyentes, ni ponerla debajo del celemín, es decir, recluirla bajo la medida de la Ley o aprisionarla dentro de los límites del único pueblo judío.

Llama a la Iglesia candelabro sobre el cual colocó la lámpara, porque imprimió en nuestras frentes la fe de su encarnación⁷², para que quienes lealmente quisieren incorporarse a la Iglesia pudieran contemplar abiertamente la luz de la verdad⁷³.

También la santa Iglesia viene designada con el nombre de *luz*, por ejemplo: «*Cubierto de luz como vestidura*» (Sal 103,2)⁷⁴. La luz, en efecto, significa a la Iglesia, de la cual está escrito: *¿Quién es ésta, que sube toda blanca?* (Ct 3,6). Por *toda blanca* hay que entender, efectivamente, «iluminada». Con razón es ésta percibida como la vestidura del Señor, *sin manchas ni arrugas* [cf. Ef 5,27]. Pues ella es cándida, es decir, toda blanca, adornada con todo el esplendor de las virtudes. A su propósito dice el Apóstol: «*Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido*» (Gál 3,27)⁷⁵. Esta vestidura significó también aquella otra que no pudo ser repartida en los momentos de la pasión [Mt 27,35; Mc 15,24; Lc 23,34; Jn 19,24]. Ésta es aquélla de la que está escrito: «*Cubierto de luz como vestidura*» (Sal 103,2)⁷⁶.

CAPÍTULO OCTAVO

SOBRE LAS LUMINARIAS

Las luminarias, que están colocadas en el cielo, iluminan el día y la noche, según lo dispuesto por el Creador y recorren el curso de su propio oficio. Es decir, según sus específicas cualidades, el sol, la luna y las estrellas tienen significados alegóricos.

Para alabanza del Señor, a estas luminarias —tras de las potencias angélicas— incitó el salmista a dar gloria a Dios, exhortándolas con las siguientes palabras: «*Alabadlo sol y luna,*

⁶⁸Sigue Rab.

⁶⁹Sigue AUG., *De Serm. Dom.*, 1,6,17 (PL 34, 1237).

⁷⁰Sigue Rab.

⁷¹Sigue BEDA, *In Luc.*, 4,11 (PL 92, 0481D-0482A); cf. BEDA, *Hom.*, 3,77 (PL 94, 0465 A-B).

⁷²TL, *fide suae incarnationis affixerunt*; debe leerse *fidem suae incarnationis affixit*.

⁷³Sigue Rab.

⁷⁴Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 103,2 (PL 70, 0728 A-B).

⁷⁵TL cita Gál 3,27; Cassiod., sin embargo, cita en este lugar Ef 5,8.

⁷⁶Sigue Rab.

alabadlo todas las estrellas y la luz» (Sal 148,3).

CAPÍTULO NOVENO

SOBRE EL SOL

Por consiguiente⁷⁷ y como algunos afirman, se colige (y la consideración nada tiene de absurda) que el sol, la luna y las estrellas, aunque son regidos por algo que les es propio, puesto que son visibles a los ojos carnales, son inferiores a las potencias que no se ven, no obstante parezcan adornar el aspecto del cielo con una esplendorosa luz. Pues aquellas cosas que nuestra mirada alcanza a ver, aun siendo lúcidas y sutiles, es evidente, sin embargo, que son corporales, y necesario es que se inclinen ante aquellas otras que subsisten gracias a una potencia invisible. Por esta razón, al sol, a la luna y a las estrellas los exhorta el Profeta a que, bien por propia cuenta, bien por medio de otras sustancias sensibles y enjuiciables, alaben al Señor, pues el merecimiento de su existencia se debe únicamente a la magnanimidad del Creador. La contemplación de tan gran número de lumbreras suscita, en efecto, extraordinarias admiraciones, porque hacen posible que los ojos mortales puedan ver y ellas mismas están establecidas en tan espléndida claridad⁷⁸⁻⁷⁹.

Por consiguiente, en las sagradas Escrituras, el sol significa, unas veces, al mismo Señor y Salvador; significa, otras, el brillo de sus santos; otras, el fulgor de la sabiduría; otras, la hermosura de las virtudes; [268] otras, al contrario, el fuego de la persecución y las tribulaciones de la vida presente. En efecto, el sol es figura del Salvador porque, así como este astro da esplendor por sí mismo a los demás astros —es decir, a la luna y a las estrellas—, sin necesidad de sostén alguno, así también Cristo, resplandeciendo por su propio poder y no necesitando la ayuda de nadie, distribuye el esplendor de la sabiduría y de las virtudes a todos los santos miembros de la santa Iglesia. De ahí lo que está escrito en el Profeta: *Y nacerá para vosotros, los que teméis al Señor, un sol de justicia, y la salud en sus alas* (Mal 4,2). Y en otro lugar, reflexionando sobre la condición de los pecadores, se dice: *El sol de justicia no ha nacido para vosotros* (Sab 5,6).

Por otra parte, que el sol signifique, por el esplendor de su luz, la resurrección de los santos el que en sí mismo es la Verdad nos lo enseña en el Evangelio, cuando dice: *«Entonces los justos refulgirán como el sol en el reino de su Padre»* (Mt 13,43).

Y de que el sol signifique la sabiduría da testimonio el salmista con las siguientes palabras: *«[Al que hizo] el sol para regir el día, porque es eterna su misericordia»* (Sal 135,8)⁸⁰. Lo cual puede entenderse espiritualmente de modo que el Dios misericordioso infunde a sus santos el sol de la sabiduría hasta que lleguen a ver aquellas cosas que de manera cierta pertenecen a su voluntad⁸¹.

⁷⁷Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 148,3 (PL 70, 1944 A-B).

⁷⁸TL, *et ipsa vitam splendida claritate constituunt; Cassiod., et ipsa in tam splendida claritate consistunt.*

⁷⁹Sigue Rab.

⁸⁰Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 135,8 (PL 70, 0970D).

⁸¹Sigue Rab.

Las siguientes palabras del Señor, dirigidas al Apóstol, muestran que el sol significa también la hermosura de las virtudes y de las buenas obras: «*Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*» (Mt 5,16)⁸².

El sol significa la penetración de la sabiduría, como se dice en Job con referencia a todo hombre sabio; pero con referencia a los malvados, se sobreentiende el diablo: «*Los rayos del sol estarán bajo él*» (Job 41,21).

El sol significa la fe de la Iglesia. De ello está escrito en el profeta Joel: «*El sol se convertirá en tinieblas*» (Jl 2,31) porque, en la postrera persecución, la fe de la Iglesia se oscurecerá en el corazón de los malvados a causa de la infidelidad.

El sol es una obra hecha manifiestamente, como en el salterio se dice con relación al cuerpo asunto: «*En el sol puso su tienda*» (Sal 18,6).

Finalmente —y en sentido negativo—, el significado que, por extensión, adquiere el sol lo muestra aquella parábola evangélica que expuso el Señor, refiriéndose a la diversidad de las semillas: «*Unas cayeron en terreno pedregoso, donde apenas había tierra, y salieron inmediatamente, porque la tierra no era profunda; pero, cuando despuntó el sol, se abrasaron y, como no tenían raíces, se secaron*» (Lc 8,6 [Mt 13,6; Mc 4,6])⁸³.

Los lugares pedregosos que, cubiertos de un ligero césped, pueden hacer crecer inmediatamente la semilla que reciben, pero no tienen fuerzas para hacer que las raíces ahonden, representan, por lo general, aquellos corazones que, no habiendo sido instruidos por ningún esfuerzo de disciplina ni ablandados por ninguna prueba de tentaciones, se deleitan sólo con oír palabras dulces y escuchar las promesas celestiales durante un tiempo, pero caen en el momento de la tentación⁸⁴.

El sol es la prosperidad y la luna la adversidad del mundo, como en el salterio: «*De día el sol no te quemará, ni la luna de noche*» (Sal 120,6)⁸⁵.

CAPÍTULO DÉCIMO

SOBRE LA LUNA

Por su parte, la luna, que crece y mengua cada mes y no brilla con luz propia, sino que se ilumina con el esplendor que toma prestado del sol, significa, unas veces, en las Escrituras esta vida que vivimos, mortal y miserable.

Significa, otras, la Iglesia del tiempo presente. De ahí que leamos en la [269] parábola del Evangelio que, bajando un hombre de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos ladrones que, tras apalearlo, lo despojaron y lo abandonaron, dejándolo medio muerto (Lc 10,30)⁸⁶. Por dicho *hombre* entendemos a Adán y, en él, a todo el género humano. Por *Jerusalén*, aquella ciudad celeste de cuya felicidad fue privado Adán y arrojado a esta vida mortal y miserable, que bien se dice que es *Jericó*, que significa *luna*, esto es, inestable y siempre perecedera por las

⁸²Clav., 3,15-17 (pág. 13).

⁸³Sigue BEDA, *In Marc.*, 3,4 (PL 92,0168C).

⁸⁴Sigue Clav., 3,19 (pág. 13).

⁸⁵Sigue Rab.

⁸⁶Sigue BEDA, *In Luc.*, 3,10 (PL 92, 0468C-D), con variantes.

fatigosas vicisitudes de sus diversos ocasos. Por los *ladrones* podemos entender los demonios, que, tras seducirlo, despojaron a Adán de la gloria de su dichosa inmortalidad y lo desnudaron de la vestidura de la inocencia⁸⁷.

Por su parte, el siguiente versículo muestra que la luna es figura de la Iglesia: «*Hizo la luna para los tiempos: el sol conoció su ocaso*» [Sal 103,19]⁸⁸.

La luna es la Iglesia que, por estar inserta en el tiempo, unas veces mengua y otras crece, pero que mengua de tal modo que siempre reaparece recobrando toda su integridad. Pero, en este caso concreto, entendemos por *sol* al Señor Salvador [...]. Éste, en efecto, conoció su ocaso —es decir, conoció la gloria de su pasión—, cuando dijo a sus discípulos: *Ha llegado la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores* (Mt 26,45)⁸⁹.

La luna significa asimismo la pasión de los mártires, como está escrito en el profeta Joel: *Y la luna se convertirá en sangre* (Jl 2,31), esto es, será teñida de la sangre de los mártires⁹⁰.

En cuanto que su mutación es constante, la luna significa también el mundo presente. Al respecto, leemos en el Apocalipsis sobre la Iglesia: «*Y la luna bajo sus pies*» (Apc 12,1)⁹¹.

Sin embargo, con el símil de la luna se censura, otras veces, en las sagradas Escrituras, la inestable cualidad de la mente humana, como en el siguiente ejemplo del libro del Eclesiástico: *El necio muda como la luna* (Sir 27,12), porque *el hombre de ánimo doble es inconstante en todos sus caminos* [Sant 1,8].

Pero hay que hacer notar también que en torno a la luna se ordena la mayor parte del tiempo de la festividad pascual, solemnidad⁹² que se celebra principalmente cuando la luz del sol, avanzando en su crecimiento anual, obtiene su primera victoria sobre la oscuridad de la noche.

Pasamos, después, al primer mes del año —llamado también *de las cosas nuevas*—, en el que celebramos la Pascua. Éste es el mes en que fue formado el mundo y colocado el primer hombre en el lugar del paraíso, porque por los misterios de esta solemnidad, nos disponemos a recibir la vestidura primera, a recibir el reino primigenio de la felicidad superna, del que nos alejamos a una muy remota región. De la gloria de este reino dice el bienaventurado apóstol Pedro: «*Pero, según su promesa, esperamos unos cielos nuevos, en los que habite la justicia*» (2Pe 3,13). También Juan en su Apocalipsis: «*He aquí que todo lo hago nuevo*» (Apc 21,5).

En la Pascua, guardamos después la tercera semana de este mismo mes, hecho que se halla en perfecta armonía con los gozos de la resurrección del Señor, porque en el mismo tercer día tuvo lugar su sacrosanta resurrección, y, en la tercera etapa del mundo —es decir, con el advenimiento de la gracia celeste—, apareció para el mundo toda dispensación en su carne, que fue consumada por la gloria de su resurrección.

En efecto, la primera etapa del mundo aconteció, según la ley natural, por medio de los patriarcas; la segunda, según la ley escrita, por los profetas; la tercera, según la gracia [270] espiritual, por el mismo que se dignó iluminarlo con su venida.

Pero también la mutación misma de la luna nos ofrece la consideración del sacramento celestial. En efecto, la luna que aparece formada de una corona redonda, recibe su luz —como

⁸⁷Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 3,20 (pág. 13).

⁸⁸Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 103,19 (PL 70, 0735C-D).

⁸⁹Sigue Rab.

⁹⁰Sigue *Clav.*, 3,21 (pág. 13).

⁹¹Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 3,22 (pág. 13).

⁹²Sigue BEDA, *De temp. rat.*, 64 (PL 90, 0517 A-0519B).

hemos dicho— del sol. Por esta razón, siempre brilla por la mitad del círculo que mira al sol, pero por la otra mitad está oscura.

Desde el primer día hasta el decimoquinto [del mes] su luz empieza a crecer, volviéndose progresivamente hacia la tierra, pero decreciendo en el cielo; desde el día decimoquinto hasta el último esa misma luz empieza a crecer volviéndose poco a poco de la tierra al cielo.

Ciertamente dicha mutación marca con seguridad los misterios del gozo pascual, por cuya contemplación aprendemos que toda la gloria de nuestro espíritu consiste en alejarse de las delicias visibles y favores perecederos y consagrarse a la sola luz de la gracia celestial.

O bien —caso de que prefiramos interpretar ambas mutaciones en sentido positivo— podemos entender que, al crecer la luz de la luna a los ojos humanos, insinúa la gracia de las virtudes con las que el Señor, apareciendo en carne mortal, empezó a iluminar el mundo y sobre las cuales está escrito: «*Y Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres*» (Lc 2,52). En cambio, al volver a crecer hacia los cielos, indica la gloria de su resurrección y ascensión, que ciertamente aconteció en sí misma de una vez y para siempre, pero que en el espíritu de los fieles, por ciertos progresos de su luz, no deja de crecer hasta el final de los tiempos. Pues, al resucitar el Señor de entre los muertos, se apareció primero a algunos en particular; después, a dos, y después, a muchos —ora a siete, ora a once, ora a más de quinientos hermanos juntos—, y, por último, a todos los discípulos (1Cor 15,6-7), a quienes, antes de subir al cielo, les mandó que fueran testigos suyos en Jerusalén, en Samaría y hasta los confines de la tierra (Hch 1,8).

Y con razón la luna, cuando crece a nuestros ojos, se aleja progresivamente del sol; pero, cuando lo hace hacia los cielos, vuelve a él con iguales espacios. Esto es, en efecto, lo que él mismo dice: «*Salí del Padre y vine al mundo; dejo el mundo y vuelvo de nuevo al Padre*» (Jn 16,28). Y lo que acerca de él dice también el salmo: «*Desde un extremo del cielo su salida, y su carrera hasta el otro extremo*» (Sal 18,7).

Por tanto, puesto que la luna con el crecimiento de su luz —cuyo origen está en el sol— va haciéndose visible a nuestros ojos y significa la doctrina y virtudes del Señor salvador nuestro hasta el momento de su pasión, por lo mismo, al volver al sol, va recogiendo paulatinamente la superficie del cielo —invisible para nosotros— e indica así el milagro de su resurrección y gloria subsiguiente.

Con razón, desde el decimoquinto día es proclamada no apta para los gozos de la pascua. Tomados ciertamente estos signos relativos al tiempo pascual de la observación de la Ley, los poseedores del Nuevo Testamento añadimos también el día del Domingo, que la sagrada Escritura denomina día uno o primero [después] del Sábado [cf. Mt 28,1; Mc 16,9]. Y no sin razón, pues se trata del día que, siendo más excelente tanto por su condición de luz primera como también por el triunfo de la insigne resurrección del Señor y de la nuestra propia, permanece siempre ardientemente deseado por nosotros.

También los siete días de la luna —esto es, desde el día decimoquinto hasta el vigésimo primero, a lo largo de los cuales discurre dicho día de Domingo en su orden natural— proclaman por una parte la universalidad de la Iglesia, que a lo largo y ancho del mundo ha sido [271] redimida por los misterios de la Pascua. El número siete, en efecto, suele indicar frecuentemente en las sagradas Escrituras la universalidad. De ahí las palabras del profeta: «*Siete veces al día te alabaré*» (Sal 118,164), expresión con la que ninguna otra cosa hay que entender sino lo que se dice en aquella otra: «*Su alabanza está siempre en mi boca*» (Sal 33,2). Pero, de una manera especial, Juan que, escribiendo a las siete iglesias de Asia, da a conocer por el orbe entero los misterios de la Iglesia universal, testimonia que con ello se prefigura la totalidad de la Iglesia

católica. De ahí también que, a lo largo de las exhortaciones que dirigió a cada una de esas siete iglesias, se preocupara de intercalar el siguiente versículo: «*Quien tenga oídos para oír, que oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias*» (Apc 2,7.11.29 [3,6.13.22]). Indica con ello que lo que decía a cada una de las iglesias lo decía igualmente a todas ellas.

Y no menos nos invitan también los tiempos pascales a prestar atención al sentido moral. Por el nombre mismo de «pascua», nos invitan a que diariamente abandonemos la vida de pecado y pasemos a la virtud. Por ser el mes de las cosas nuevas, en el que, con su llegada, los frutos florecientes anuncian el cese de los ya caducos, nos invitan a que, *abandonando al hombre viejo junto con sus obras, nos renovemos en el espíritu de nuestra mente y nos revistamos del hombre nuevo, que fue creado, según el Señor, en justicia, santidad y verdad* (Ef 4,22-24), y a que, vivificados por la diversidad de virtudes y cubiertos por sus hojas —como si de la sombra de un frondoso árbol se tratara—, a modo de alegres y fructíferas mieses, brotemos en el plenilunio, de manera que, portadores del perfecto esplendor y sentimiento de la fe, nos apartemos de las tinieblas del pecado.

Con la misma luz lunar que vuelve a los cielos —hecho que comienza a producirse a partir de la decimoquinta luna— nos invita a que cuanto mayor sea nuestra grandeza, mayor sea nuestra humillación, diciendo cada cual con el Apóstol: «*Pero por la gracia de Dios soy lo que soy*» (1Cor 15,10). Se trata ciertamente de la gracia del don superno, que en esta tercera etapa del tiempo se ha derramado de manera más manifiesta.

Con una hermosísima secuencia de figuras, en la tercera semana de la luna la luz, que hasta ese momento había ido creciendo hacia la tierra, comienza ahora a crecer hacia los cielos. Bien se nos manda observarla en Pascua, para que, no olvidándonos nunca de la gracia que recibimos, por medio de cada uno de los grados del tránsito espiritual, nos acordemos de corresponder con nuestra obediencia a su generoso dador.

Sin duda, al crecer la luna a la vista de los hombres, nos representa la figura de la vida activa; su vuelta al cielo, por el contrario, es tipo de la vida contemplativa. Sin duda también, con esta vuelta a nosotros se indica el amor del prójimo; con aquella, el de nuestro hacedor.

O si se quiere, el giro progresivo de su luz nos exhorta, por un lado, a obrar externamente el bien; pero, por el otro, a que realicemos esas mismas cosas con la mirada puesta únicamente en la recompensa del cielo. Es decir, nos estimula, por una parte, a hacer que *brille nuestra luz delante de los hombres, para vean nuestras buenas obras*; por el otro, a que *glorifiquen a nuestro Padre, que está en los cielos* (Mt 5,16).

CAPÍTULO DECIMOPRIMERO

SOBRE LAS CONSTELACIONES

Existe diferencia entre constelaciones y astros⁹³. En efecto, las estrellas, constelaciones y astros difieren entre sí.

Stella [estrella] es un cuerpo tomado en singular; *sidera* [constelación] es el conjunto de muy numerosas estrellas, por ejemplo, las Híades o las Pléyades. Los *astra* [astros], por su parte, son estrellas grandes, como Orión o Boyero. Los escritores, no obstante, tienden a confundir

⁹³Sigue *Etym.*, III,60,1-2; 61.

estos nombres y dicen astros por estrellas y estrellas por constelaciones.

Se dice que las estrellas —al igual que [272] la luna— no tienen luz propia, sino que la reciben del sol⁹⁴.

|Ahora bien, las estrellas pueden entenderse bien en sentido positivo, bien en sentido negativo.

Adquieren un significado positivo, cuando significan los santos y elegidos de Dios, que están en la Iglesia. De ahí las palabras divinas dirigidas a Abrahán: «*Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo*» (Gén 22,17). También el Apóstol dice: *Una estrella difiere de otra estrella en resplandor: así será también la resurrección de los muertos* (1Cor 15,41-42)⁹⁵.

Estrella es Cristo, como se lee en el Apocalipsis: «*Yo soy la estrella radiante de la mañana*» (Apc 22,16). Y en otro lugar: «*Saldrá una estrella de Jacob*» (Núm 24,17).

Y en el Apocalipsis está escrito: «*Las siete estrellas —dice— son los siete ángeles de las iglesias*» (Apc 1,20). También el apóstol Pablo escribe a siete iglesias⁹⁶ —aunque no a las mismas que las de Juan—, siete lugares que son figura de la totalidad de la Iglesia, que posee la gracia del Espíritu Santo septiforme.

Y de aquí que, refiriéndose a la obra del Creador, diga el salmista: «*La luna y las estrellas para presidir la noche, porque es eterna su misericordia*» (Sal 135,9)⁹⁷. La luna —como ya dijimos— debe entenderse por la Iglesia; las estrellas, por sus diversos órdenes de vigorosa santidad, tales como los obispos, presbíteros, diáconos y todos los demás, que —como si fueran estrellas— son reconocidos por la irradiación de su vida celestial. Todos ellos están puestos para presidir la noche, es decir, colocados en medio de las tinieblas de este siglo, para que por su medio reluzcan los corazones de los mortales⁹⁸.

Estrella son, asimismo, los santos o los doctores, porque resplandecen en este mundo por las obras de sus virtudes, como se dice en el salterio: «*El que cuenta la multitud de las estrellas y a todas las llama por su nombre*» (Sal 146,4).

Los astros son los santos ángeles, como en Job: «*Cuando me alababan [a una] los astros de la mañana*» (Job 38,7)⁹⁹.

Las estrellas adquieren, por el contrario, un significado negativo, cuando significan a los ángeles malos, a los herejes o a los hipócritas.

El libro del Apocalipsis da testimonio, en efecto, de que los ángeles perversos cayeron del cielo, allí donde dice que *el dragón arrastró consigo a la tierra la tercera parte de las estrellas* [cf. Apc 12,4].

Por su parte, bajo el nombre de *estrellas* el apóstol Judas significa a los herejes, cuando en su epístola escribe: «*Estrellas errantes, para las que está reservada la tempestad de las tinieblas eternas*» [Jud 13].

Finalmente, los hipócritas que, por su fingido comportamiento, parecen imitar las virtudes de los santos, son, sin embargo, como las estrellas del cielo que caen a tierra, cuando, apartados de la comunión de los santos, se adscriben al número de los pecadores.

⁹⁴Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 3,24 (pág. 13).

⁹⁵Sigue *Clav.*, 3,23 (pág. 13).

⁹⁶Roma, Corinto, Éfeso, Galacia, Colosas, Tesalónica y Filipo.

⁹⁷Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 135,9 (PL 70, 0971A).

⁹⁸Sigue *Clav.*, 3,24.26 (pág. 13).

⁹⁹Sigue Rab.

CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO

SOBRE LAS PLÉYADES

Cuál sea el significado de las Pléyades y el Arcturo en aquellas palabras que el Señor dirige al bienaventurado Job podemos hallarlo. Pues dice: *¿Acaso podrás tú anudar las centelleantes estrellas de las Pléyades o lograrás deshacer el giro del Arcturo?* (Job 38,31)¹⁰⁰.

El vocablo *pleiades* [pléyades] viene de *pleioteia*, esto es, de pluralidad. Pero de tal manera han sido creadas cercanas y separadas las unas de las otras que son como un todo unido, pero nunca pueden tocarse, pues están ciertamente muy cercanas entre sí, pero sin llegar a tocarse.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

SOBRE EL ARCTURO

El Arcturo de tal modo ilumina el tiempo nocturno que, al estar situado en el eje vértice del cielo, da vueltas a su alrededor, pero nunca desaparece. Pues no gira saliendo fuera de sí, sino que, fijo en un mismo [273] sitio, jamás deja de verse en ninguna parte del mundo [...].

Pues, ¿qué significan las esplendorosas Pléyades —que también son siete—, sino a todos los santos, que nos iluminan con la gracia de la luz del Espíritu septiforme en medio de las tinieblas de esta vida, que desde el comienzo mismo del mundo hasta su consumación fueron enviados a profetizar en diferentes tiempos, y que según algo están unidos, pero según algo desunidos?

En efecto, las estrellas —como más arriba dijimos— están juntas, pero no llegan a tocarse. Ciertamente están colocadas en separación las unas de otras, pero funden entre sí los rayos de su luz.

Así son todos los santos, que se hacen visibles para predicar a cada tiempo en particular y, pese a estar separados en cuanto a su persona concreta, están unidos por la intención de su mente.

Brillan conjuntamente, porque todos predicán una misma cosa; pero no llegan a tocarse, porque están repartidos en tiempos diversos. ¡Cuán diferentes fueron los tiempos Abel, Isaías y Juan! Estuvieron ciertamente separados en el tiempo, pero no en la predicación [...].

Ahora bien, con el Arcturo, que en su continuo girar ilumina los espacios nocturnos sin conocer él el ocaso, no se representa en modo alguno la vida de los santos en sentido particular, sino que se significa a toda la Iglesia en su conjunto, una Iglesia que ciertamente sufre fatigas, pero que no se inclina a la desaparición de su propio estado. Soporta, sí, el continuo girar de los sufrimientos, pero jamás se apresura al ocaso. Y es que el Arcturo no es arrastrado a las profundidades del polo junto con el tiempo nocturno, sino que, en tanto gira, la noche va acabándose. Lo mismo sucede con la santa Iglesia, pues al mismo tiempo que viene sacudida por tribulaciones sin cuento, va agotándose la sombra de la vida presente y, permaneciendo ella

¹⁰⁰Sigue GREG. M., *Moral.*, 29, 31, 67. 68. 69. 72. 73 (PL 76, 0515 A-0518 D), con variantes numerosas y texto de base inseguro; cf. *Etym.*, III, 71, 13.

firme, la noche va quedando atrás, ya que, perdurando incólume, la mortalidad de la vida sigue veloz su curso [...].

Por todo ello, el Arcturo, que nace en las regiones frías, puede ser tipo de la Ley; en cambio, las Pléyades, que surgen de Oriente, pueden ser tipo de la gracia del Nuevo Testamento. Algo así como si la Ley, —que con tan áspera severidad atemorizaba a los que estaban bajo ella— hubiera venido del Aquilón, cuando por sus culpas ordenaba apedrear a unos [cf. Dt 13,10] y castigar a otros dándoles muerte a filo de espada [cf. Dt 13,15] [...].

Pero las Pléyades, que —como hemos dicho más arriba— son también siete, representan tanto más abiertamente la gracia del Nuevo Testamento cuanto más claramente reconocemos todos que, por medio de él, el Espíritu Santo ilumina con la luz de su don multiforme a la totalidad de sus fieles. Por tal razón, muestra el Arcturo las Pléyades sea cual fuere la posición de su giro, porque, a lo largo de todo lo que llamamos Antiguo Testamento, se anuncia la obra del Nuevo, pues bajo el texto de la letra, se oculta el misterio de la profecía¹⁰¹.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

SOBRE EL ORIÓN Y LAS HÍADES

De manera semejante, el significado místico del Orión y de las Híades nos lo revela el bienaventurado Job, cuando dice: «*El que hizo el Arcturo, el Orión, las Híades y lo más íntimo del Austro*» (Job 9,9)¹⁰².

Ciertamente los Oriones nacen en el rigor mismo del tiempo invernal y con su nacimiento provocan tempestades y perturban los mares y las tierras. Tras nombrar el Arcturo, ¿qué otra cosa puede indicarse por medio de los Oriones, sino los mártires, quienes, una vez lanzada la santa Iglesia a la predicación, vinieron a sufrir los rigores y pesadumbres de los perseguidores, como si el aspecto del cielo fuera el propio del tiempo invernal? [...].

Bien añade inmediatamente las *Híades*, que empiezan a verse en el cielo al florecer la primavera, [274] y se muestran¹⁰³ cuando el sol ya deja sentir la fuerza de su calor. Están ciertamente muy próximas a los comienzos de aquel signo, que los sabios del mundo llaman *Tauro*, a partir del cual el sol comienza a crecer y a alzarse con mayor empuje para hacer más largos los espacios del día.

Y así, tras nombrar al Orión, ¿quiénes pueden ser designados con el nombre de *Híades*, sino los doctores de la santa Iglesia? Pasados ya los días de los mártires, vinieron éstos para enseñanza del mundo, una vez llegado el tiempo en que la fe brilla con mayor claridad, tiempo en que, reprimido el invierno de la infidelidad, el sol de la verdad calienta más íntimamente los corazones de los fieles. Alejada ya la tempestad de la persecución y pasadas las largas noches de la infidelidad, surgieron éstos para la Iglesia, cuando gracias a la primavera de la credulidad se abrió para ella un año más claro.

Y no sin razón los santos doctores vienen llamados con el nombre de *Híades*. El vocablo griego *hyetós* significa, en efecto, *lluvia* y de aquí tomaron las Híades su nombre, porque, una

¹⁰¹Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 3,27.28.

¹⁰²Sigue GREG. M., *Moral.*, 9,11,14 (PL 75, 0866C.0887A-B).

¹⁰³TL, *extenduntur*, léase *ostenduntur*.

vez aparecen, lejos de toda duda son portadoras de lluvia.

Así, pues, con el apelativo de *Híades* bien designados están quienes, hechos bajar para bien de la Iglesia universal —en forma de cielo, por decirlo de algún modo—, derramaron sobre la tierra reseca del corazón humano las lluvias de la santa predicación.

En efecto, tras decir «*El que hizo el Arcturo, el Orión, las Híades*», añade inmediatamente «*y lo más íntimo del Austro*». ¿Qué puede significar, en este caso, el nombre de *Austro*, sino el fuego del Espíritu Santo? Todo el que estuviere rebosante de él experimenta el deseo ardiente de la patria espiritual. Por tanto, *lo más íntimo del Austro* son los ocultos órdenes angélicos y los sacratísimos regazos de la patria del cielo que el Espíritu Santo llena con su calor. Allí van ciertamente las almas de los santos, salidas ahora de los cuerpos y desvueltas después a ellos, y, por decirlo de algún modo, quedan ocultas en lo profundo del Austro¹⁰⁴.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

SOBRE EL LUCERO MATUTINO

Lucifer [lucero matutino] tiene, unas veces, un significado positivo y, otras, negativo. Tiene un significado positivo, cuando hace referencia al Señor como Salvador o a la luz de la sabiduría. La siguiente cita del libro de Job se refiere al Señor como Salvador: «¿*Haces tú, por ventura, salir al lucero matutino a su tiempo debido?*» (Job 38,32)¹⁰⁵.

Cristo, en efecto, se da a conocer como Lucero matutino, porque al despuntar el alba resucitó de la muerte y con el resplandor de su luz disipó la oscuridad de nuestra mortalidad. Bien se le llama en Juan «*estrella espléndida de la mañana*» (Apc 22,16). Ciertamente, apareciéndose vivo después de la muerte, se hizo para nosotros *estrella de la mañana*, pues, al darnos en sí mismo la prueba de la resurrección, nos indicó qué luz se ha de seguir¹⁰⁶.

Así, la siguiente cita del bienaventurado Pedro nos muestra la luz de la sabiduría y del buen entendimiento: «*Tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en atender [...] hasta que despunte el día y el lucero matutino nazca en vuestros corazones*» (2Pe 1,19).

El lucero matutino es también la claridad de nuestro entendimiento, que será iluminado con la luz de la verdadera sabiduría, esto es, con la luz de la perfecta caridad.

Pero el lucero matutino asume también un sentido negativo, por ejemplo, cuando por medio del profeta Isaías, como cargo contra Babilonia, bajo la figura de su rey, se dice al ángel apóstata: «¿*Cómo has caído del cielo, Lucero matutino, tú que salías por la mañana, etc.!*» (Is 14,12). Se habla, en efecto, aquí de su caída desde la claridad eterna a las tinieblas del infierno.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

SOBRE EL LUCERO VESPERTINO

[275] Por su parte, *Vespere* [lucero vespertino] o bien significa el fin del mundo o la

¹⁰⁴Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 3,26.27.

¹⁰⁵Sigue GREG. M., *Moral.*, 29, 32,75 (PL 76, 0520 A-B).

¹⁰⁶Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 4,13-14 (pág. 18); 3,30 (pág. 14).

venida del Anticristo o la muerte de nuestro Redentor.

Significa la venida del Anticristo en la anterior cita de Job, en la que, tras la mención del lucero matutino, a continuación se lee: «¿...o levantarse el lucero vespertino sobre los hijos de la tierra?» (Job 38,32)¹⁰⁷.

Pero el Señor hace que el lucero vespertino se levante sobre los hijos de la tierra, porque permite que el Anticristo se enseñoree de los corazones infieles de los judíos, desaprobando así su conducta. Precisamente por esta razón y con toda justicia, el Señor los coloca bajo el dominio del Lucero vespertino, porque, de manera voluntaria, quisieron ser hijos de la tierra. Y es que, al preferir las cosas terrenales a las celestiales, quedaron ciegos para percibir el esplendor de nuestro Lucero de la mañana y, al desear que los gobernara el Lucero de la tarde, se hundieron consecuentemente en la pena de la condenación].

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

SOBRE EL AIRE¹⁰⁸

El *aer* [aire] es la vaciedad que tiene muchísima menos densidad¹⁰⁹ que los restantes elementos. De él dice Virgilio¹¹⁰: *Siguiendo a través del largo vacío*. Se le llama *aer* [...] por lo que arrastra a la tierra o por lo que de la tierra se lleva. De aquí que, en parte, pertenezca a la materia terrena y, en parte, a la celeste. En efecto, el aire sutil, donde no pueden darse los fenómenos ventosos o tormentosos, pertenece a la parte celeste; por el contrario, el aire más turbulento, que toma cuerpo con las exhalaciones húmedas¹¹² y que da lugar a múltiples manifestaciones, es considerado propio de la tierra.

Efectivamente, al removerse, produce los vientos; al agitarse con mayor vehemencia, provoca relámpagos y truenos; al acumularse, forma las nubes; al condensarse¹¹³, trae la lluvia y, congeladas las nubes, se produce la nieve; cuando por la congelación más densa de las nubes pasa a ser más turbulento¹¹⁴, sobreviene el granizo; pero, cuando está apaciguado, llega el tiempo sereno. Pues se sabe que el aire denso es nube y que la nube enrarecida y disuelta es aire¹¹⁵.

[Ahora bien, el aire significa cualquier clase de vaciedad. De ahí las palabras del Apóstol: «*De esta manera peleo, no como dando golpes al aire*» (1Cor 9,26), es decir, tratando de conseguir la meta no en vano.

Asimismo, el aire significa la tenuidad de las mentes seculares, como en Job: «*Súbitamente el aire se condesará en nubes y un viento pasajero las ahuyentará*» (Job 37,21)¹¹⁶.

¹⁰⁷Sigue GREG. M., *Moral.*, 29, 32,75 (PL 76, 0520B).

¹⁰⁸Sigue *Etym.*, XIII,7,1.

¹⁰⁹TL, *inanitas lumen plurimum habens admistum raritatis*; *Etym.*, *inanitas plurimum habens admixtum raritatis*.

¹¹⁰VIRGILIO, *En.*, XII,354: *Longum per inane secutus*.

¹¹¹TL, omite *apò tòu airein*, verbo griego que significa «llevar, levantar....».

¹¹²TL, *exaltationibus humilis [exhalationibus humorum]*; *Etym.*, *exhalationibus humidis*.

¹¹³TL, *cum spissatus*; *Etym.*, *conspissatus*.

¹¹⁴TL, *turbulentus*; *Etym.*, *turbulentius*.

¹¹⁵Sigue *Rab.*; cf. *Clav.*, 3,46.

¹¹⁶Sigue GREG. M., *Moral.*, 27, 41,68 (PL 76, 0439C).

¿Qué puede entenderse por aire, sino las mentes de los hombres mundanos que, entregadas a los innumerables vicios de esta vida, se dispersan acá y allá a la manera del aire? Pero el aire se condensa en forma de nubes, cuando la inconsistencia de las mentes, por la gracia del espíritu superno, se robustecen con la solidez de la virtud¹¹⁷.

El viento que pasa ahuyenta las nubes, porque la vida mortal, en su carrera, oculta corporalmente a nuestros ojos a los santos predicadores¹¹⁸.

Pero, otras veces, el aire significa a los predicadores de la palabra divina, como en el salmo: «*Agua tenebrosa en las nubes del aire*» (Sal 17,12)¹¹⁹, esto es, en los profetas predicadores de la palabra, porque, aunque alguien considere que sí puede entender sus palabras, difícilmente puede llegar plenamente a su esencia misma, tal cual es, como dice el Apóstol: «*Ahora vemos como por un espejo, en enigma; entonces veremos cara a cara*» (1Cor 13,12), cuando ve lo mismo que ha creído, reconoce contemplar lo que esperó].

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

SOBRE LAS NUBES¹²⁰

[276]La palabra *nubes* [nube] viene de *nubere*¹²¹ [nublar], es decir, cubrir el cielo. De ahí procede también la palabra *nuptae* [novias] porque éstas cubren su rostro. Viene también de ahí *Neptunus* [Neptuno] porque cubre, esto es, oculta el mar y la tierra.

La densidad del aire da lugar a las nubes, pues los vientos conglomeran el aire y se producen las nubes. De ahí el siguiente verso¹²²: *Y el aire se condensa en nube*¹²³.

[Pero, en sentido místico, las nubes significan, unas veces, la encarnación de Cristo sin peso alguno de pecado, o la Virgen María; otras veces, significan la protección del Espíritu Santo, y, otras, los profetas y predicadores santos.

Significa la encarnación de Cristo en el siguiente ejemplo de Isaías: *He aquí que el Señor subirá sobre una ligera nube y bajará a Egipto* (Is 19,1). Y en aquel otro del libro del Éxodo: «*El Señor —dice— los precederá en una columna de nube, para mostrarles el camino, durante el día, y en una columna de fuego, durante la noche*» (Éx 13,21)¹²⁴. Esta nube, que va delante, es Cristo; él mismo es también la columna, que, recto y firme y sosteniendo nuestra debilidad, luce por la noche y no luce por el día, de modo que los no ven vean y los que ven se vuelvan ciegos.

Puede también entenderse —y no carecería de sentido— como el sacramento de Cristo que, al igual que durante el día, se ha manifestado en la carne, en forma de nube, en el día del juicio, se manifestará como terror nocturno, porque será el momento entonces de la gran

¹¹⁷Sigue GREG. M., *Moral.*, 27, 42,70 (PL 76, 0440A).

¹¹⁸Sigue Rab.

¹¹⁹Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 17,13 (PL 70, 0127D).

¹²⁰Sigue Etym., XIII,7,2.

¹²¹TL, *nubendo*; Etym., *obnubendo*.

¹²²VIRGILIO, *En.*, V,20: *Atque in nubem cogitur aer*.

¹²³Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 3,32 (pág. 14).

¹²⁴Sigue RABAN., *In Exod.*, 2,2 (PL 108, 0063C-D).

tribulación del mundo y brillará, como fuego, para los justos y será hoguera para los injustos¹²⁵.

Mas lo que leemos en el Evangelio, cuando el Señor se transfiguró en el monte, en presencia de tres de sus discípulos: «*Y he aquí que una nube luminosa los cubrió*» (Mt 17,5)¹²⁶, al referirse Pedro a una tienda material, recibió como respuesta la sombra de la nube, para enseñarle que, en la resurrección, los santos no serán cubiertos por ninguna sombra de casas, sino por la gloria del Espíritu Santo¹²⁷.

Y digno es de notar que tanto en el bautismo del Señor en el Jordán, como en la transfiguración del monte se manifiesta el misterio de la entera Santísima Trinidad¹²⁸. Pues allí la voz fue manifestación del Padre; el bautismo, manifestación del Hijo y la paloma, manifestación del Espíritu Santo [cf. Mt 3,16-17; Mc 1,9-11; Lc 3,21-22], pero aquí, la voz sigue siendo manifestación del Padre; la glorificación, manifestación del Hijo y la nube, manifestación del Espíritu Santo. Pues ciertamente su misma gloria, que por la fe confesamos en el bautismo, la alabaremos viéndola tal cual es [cf. 1Jn 3,2]¹²⁹.

Y que las nubes signifiquen a los profetas o predicadores de la palabra divina nos lo muestra aquel versículo del salmo: «*Estrépito de aguas caudalosas, las nubes tronaron*» (Sal 76,18), como mar proceloso¹³⁰.

Así en las santas Iglesias resuenan los diversos votos de los pueblos. Pero para dar razón de por qué se produce el estrépito de las aguas caudalosas, bien dice a continuación: *porque las nubes tronaron*. Las nubes —como dijimos— pueden significar los predicadores. Sobre ello está escrito: «*Daré orden a las nubes para que no dejen caer sobre ellos su lluvia*» (Is 5,6). Tronaron éstos, cuando divulgaron por todo el orbe los mandamientos del Señor, como también, anteriormente, en otro salmo se proclama: «*A toda la tierra alcanza su pregón y hasta los confines de la tierra, sus palabras*» (Sal 18,5)¹³¹.

La nube es la protección divina, como aquélla que —según leemos en el libro del Éxodo— cubrió con su sombra la tienda del encuentro [cf. Éx 40,34]. Nube es también la oscuridad de las Escrituras, como en el salterio: «*El que cubre el cielo con las nubes*» (Sal 146,8)].

CAPÍTULO DECIMONOVENO

SOBRE EL TRUENO, LOS RELÁMPAGOS Y LAS CENTELLAS¹³²

[277] Al *tonitrum* [trueno] se le llama así porque su sonido causa terror¹³³, pues [en latín] *tonus* significa *sonus* [sonido]. A veces, se trata de un sonido de tan gran violencia que todo lo

¹²⁵Sigue Rab.

¹²⁶Sigue BEDA, *In Luc.*, 3,9 (PL 92, 0456 A); cf. RABAN. *In Matth.*, 5,17 (PL 107, 0999C.1000B).

¹²⁷Sigue BEDA, *In Marc.*, 3,8 (PL 92, 0219C).

¹²⁸Sigue Rab.; cf. BEDA, *In Matth.*, 3,17 (PL 92, 0081B-C); RABAN. *In Matth.*, 5,17 (PL 107, 1000B).

¹²⁹Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 3,31 (pág. 14).

¹³⁰Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 76,17 (PL 70, 0552D-0553A).

¹³¹Sigue *Clav.*, 3,33-34 (pág. 14).

¹³²Sigue *Etym.*, XIII,8,1.

¹³³*Tronitus* > *terrere*.

sacude, algo así como si el cielo se resquebrajara en pedazos, porque, cuando una tormenta, acompañada de un viento de gran vehemencia, se introduce repentinamente en las nubes, al fortalecerse el torbellino e intentando éste buscar salida, desgarrar la nube en la que penetró y llega así a los oídos con un fragor espantoso¹³⁴.

[En las sagradas Escrituras, el trueno significa, unas veces, la voz divina, como en el caso siguiente: «Desde el cielo tronó el Señor y el Altísimo dio su voz» (Sal 17,14)¹³⁵, pues la divinidad se disponía a revelar misterios extraordinarios. Dice, en efecto, en el Evangelio la voz del Padre: «Lo he glorificado y de nuevo lo glorificaré» (Jn 12,28), razón por la que —como allí leemos— muchos creyeron que se trataba de un trueno [cf. Jn 12,29]. Pero el Altísimo dio su voz, cuando dijo: «Éste es mi Hijo amado, en quien me he complacido» (Mt 3,17)¹³⁶.

Otras veces, en cambio, significa la predicación de Evangelio: «La voz de [tu] trueno en la rueda» (Sal 76,19)¹³⁷, pues en la rueda —esto es, en el mundo— se oyó la voz de su trueno, cuando los predicadores de Cristo llenaron el orbe entero con palabras atronadoras¹³⁸.

Ahora bien, junto con el trueno, se manifiesta también el rayo. El uno parece más veloz porque resplandece; el otro —es decir, el trueno— tarda más tiempo en llegar a los oídos. Los términos latinos *fulgur* [relámpago] y *fulmen* [rayo], saetas lanzadas desde el cielo, proceden del verbo *ferire* [herir], pues el latín *fulgere* significa *herir* y *golpear*. El rayo se produce cuando las nubes chocan entre sí, ya que —como observamos en las piedras o en el roce de las ruedas [...]¹³⁹— el choque de unas contra otras provoca chispas de fuego. De manera semejante tiene lugar el fuego en las nubes, de donde se desprende que primero son las nubes y después el fuego.

Ahora bien, a causa del viento y del fuego, sabido es que se producen los rayos en las nubes y que desde allí son proyectados por el ímpetu de los vientos. Sabido es también que el fuego procedente del rayo —al estar formado de elementos más sutiles— tiene mayor fuerza de penetración que el nuestro, es decir, que el que tenemos para nuestro propio beneficio.

[En latín], tres son sus nombres: *fulgur*, porque golpea; *fulgor*, porque incendia y quema; *fulmen*, porque hiende. Por ello se lo representa¹⁴⁰ por medio de tres radios¹⁴¹.

[Ahora bien, en sentido místico, los relámpagos o centellas expresan en las Escrituras los terrores que acompañan a un hecho prodigioso.

Significan también las terribles amenazas que encontramos escritas en la Ley divina, como por ejemplo: *Relumbraron tus centellas por el orbe entero, y vi que temblaba la tierra* (Sal 76,19). Centellas —dice—¹⁴² esto es, los mandamientos divinos, radiantes por la luz de la verdad, que con saludable esplendor disiparon a lo largo y ancho del mundo las tinieblas de los hombres. Y en otro lugar¹⁴³ se dice: «Multiplicó los relámpagos y los llenó de espanto» (Sal 17,15), es decir, realizó muchos milagros, que impresionaron profundamente los corazones de

¹³⁴Sigue Rab.

¹³⁵Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 17,15 (PL 70, 0552D-0553A).

¹³⁶Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 3,54 (pág. 15).

¹³⁷Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 76,18 (PL 70, 0553B).

¹³⁸Sigue *Etym.*, XIII,8,2b-9,1-2.

¹³⁹TL omite *vel in silvis arborum*.

¹⁴⁰TL, *pingitur*, *Etym.*, *funguntur*.

¹⁴¹Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 3,55 (pág. 15).

¹⁴²Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 17,16 (PL 70, 0128C).

¹⁴³TL, *alibuta* [*alib*].

los que los presenciaron, en modo parecido al sentimiento de terror que suele acompañar la contemplación de muchos relámpagos seguidos. *Los llenó de espanto*: habla de aquéllos que se sintieron hondamente conturbados al conocer, con pruebas manifiestas, que el Señor había resucitado|.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

SOBRE EL ARCO IRIS¹⁴⁴

El *arcus caelestis* [arco iris] viene llamado así por su semejanza con la curvatura de un arco. Su nombre propio es [278] *iris*, y se le denomina así como si fuera *aer* [aire], es decir, porque por medio del aire baja a la tierra. Su resplandor tiene origen en el sol, cuando las cóncavas nubes reciben de frente los rayos solares y dibujan una especie de arco. Su colorido es variado¹⁴⁵, porque, al irradiarse sobre él¹⁴⁶ el agua tenue, el aire luminoso y las nubes caliginosas, se crean diversos colores¹⁴⁷.

|Ahora bien, el arco iris es signo del pacto que Dios estableció entre Él y los hombres y todo ser viviente, prometiendo no hacerlos perecer con un nuevo diluvio [cf. Gén 9,12-13]¹⁴⁸.

Mas que aparezca en las nubes y que su brillo se deba exclusivamente al sol significa que¹⁴⁹ no perecen en el diluvio aquellos que, por los profetas y por todas la divinas Escrituras —como si de nubes de Dios se tratara—, reconocen el poder de Cristo¹⁵⁰.

Y que en el mismo arco se muestre simultáneamente el color del agua y del fuego —pues, por una parte, es azulado y, por otra, aparece rojizo— significa que es testigo de dos juicios, es decir, de uno que está por venir y de otro que ya ha venido, o sea, que el mundo será reducido a cenizas por el fuego del juicio, y que ya nunca más conocerá la destrucción mediante el agua del diluvio¹⁵¹.

Decimos así que el iris —esto es, el arco iris— es figura de los dos juicios de Dios, es decir, de uno primero que ya tuvo lugar por el diluvio; y de uno segundo que tendrá lugar por el fuego, como está escrito en el Apocalipsis: *Y en su derredor, el iris* (Apc 4,3).

El cielo en calma es el perdón de las culpas que, por medio de la sangre de Jesucristo, nos ha sido regalado, tras las tinieblas del pecado, como se dice en el Evangelio: «*Al caer la tarde decís: hará buen tiempo, pues el cielo está enrojecido*» (Mt 16,2).

¹⁴⁴Sigue *Etym.*, XIII,10,1.

¹⁴⁵TL, *Cui varius color est: quia; Etym., cui varios colores illa dat res, quia.*

¹⁴⁶TL, *caligantes irradiatae illi varios; Etym., caligantes irradiata ista varios.*

¹⁴⁷Sigue AUG., c. *Faust.*, 12,22 (PL 42, 0265D-0266A).

¹⁴⁸Sigue *Rab.*

¹⁴⁹Sigue AUG., c. *Faust.*, 12,22 (PL 42, 0266A).

¹⁵⁰Sigue GREG. M., *In Ezech.*, 1,8,29 (PL 76, 0867D-0868A).

¹⁵¹Sigue *Clav.*, 3,58 (pág. 15). 68 (pág. 16).

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

SOBRE EL FUEGO¹⁵²

El fuego, que es el cuarto elemento constitutivo del mundo, significa, unas veces, el cielo de Dios; significa otras, al Espíritu Santo; otras, el amor; otras, las pasiones; otras, la maldad; otras, el entendimiento; otras, la tribulación; otras, la ira; otras, la voluptuosidad.

Que signifique el cielo de Dios lo indica el ejemplo siguiente: *Nuestro Dios es fuego que consume* (Dt 4,24).

Significa al Espíritu Santo que, en el día de Pentecostés, se posó sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego, iluminándolos con la luz de la sabiduría y encendiendo sus corazones con el celo de la justicia.

Significa la caridad, cuando expresa la fuerza encendida del amor, como se dice en el Evangelio: «*He venido a prender fuego en la tierra, ¡y qué quiero, sino que arda!*» (Lc 12,49).

Significa las pasiones, cuando denuncia el anhelo desmedido de las cosas terrenas; de aquí que, sobre la observancia del sábado, ordenara el Señor en el libro del Éxodo «*No encenderéis fuego en ninguna de vuestras moradas, en día de sábado*» (Éx 35,3). Prohíbe encender el fuego de las pasiones, tanto en los cuerpos humanos, como en cualquier lugar de reunión.

El fuego significa la maldad, cuando hace referencia a un corazón enfermo, inclinado continuamente a las cosas inferiores¹⁵³. Acerca de este fuego dicho está: *el fuego consumirá a este adversario* [cf. Heb 10,27], porque un corazón malvado *se consume por su propia maldad* [cf. Prov 14,32]. Pero así como el fuego del amor levanta el espíritu, el fuego de la maldad lo achanta¹⁵⁴.

El fuego significa también la tribulación, como leemos en el salmo: «*A fuego nos has probado, como a fuego se prueba la plata*» (Sal 65,10).

Significa la ira, cuando es signo de la venganza del cielo, por ejemplo: «*Los consumiré con el fuego de mi ira, [279] dice el Señor*» [cf. Ez 22,31¹⁵⁵]. Y en otro lugar se dice: *Porque fuego se ha encendido en mi ira, y arderá hasta los infiernos de abajo* (Sal 17,9).

El fuego significa la voluptuosidad, cuando se refiere a la llama de las pasiones, como en el siguiente ejemplo: *Todos los que adulteran, como carbón de fuego que abrasa sus corazones* (Os 7,4). A éstos, a no ser que sobreviniere el remedio de la penitencia, les aguarda el fuego de la pena eterna, donde será el llanto y el rechinar de dientes, y el tormento que nunca acaba. Al respecto está escrito en el profeta Isaías: *He aquí vosotros todos, encendidos de fuego, rodeados de llamas, caminad a la luz de vuestro fuego* [cf. Is 50,11]. Pues los pecadores llevan en sí mismos el heno, la leña, la paja, los espinos, los abrojos y las hojas que serán entregados al incendio eterno. Éstos, no obstante, vienen incitados a la salvación y oyen que se les dice: *Caminad a la luz de vuestro fuego y en las llamas que encendisteis*, etc., para que, por las penas y suplicios, conozcan el poder de Dios y vuelvan a la salvación.

¹⁵²Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 10,2,77-78.82 (pág. 84).

¹⁵³Sigue GREG. M., *In Ezech.*, 1,2,12 (PL 76, 0800D).

¹⁵⁴Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 10,2,79-81 (pág. 84).

¹⁵⁵TL, *Psa* LXII.

Se entiende también por fuego¹⁵⁶ el entendimiento de las palabras divinas, ya sea éste bueno ya sea malo, como en el libro del Levítico se dice acerca de los hijos de Aarón, que ofrecieron un fuego extraño en presencia del Señor y allí mismo fueron consumidos [cf. Lev 10,1-2]¹⁵⁷.

El humo se entiende, unas veces, en sentido positivo y, otras, en sentido negativo. Por ejemplo, en la siguiente cita del salmo, *Sube humo en su ira y fuego arde de su rostro* (Sal 17,9)¹⁵⁸, el humo está tomado en sentido positivo porque, así como este humo terreno provoca lágrimas inútiles, el encendido por el fuego de la penitencia hace fluir abundantes y fructuosas corrientes de lágrimas. *En su ira*, es decir, cuando éste conturba los pecadores con el temor del juicio futuro, para llevarlos al remedio de la conversión. Pero el fuego es el amor de Dios que va creciendo con el progresar de las virtudes, en modo que, cuanto más ardientemente desea, tanto más eficazmente se extiende. Bien dice *de su rostro*, porque, gracias a su luz, viene concedido el amor a quienes abandonan el pecado¹⁵⁹.

Acerca de los pecadores, en otro lugar, se dice lo siguiente: «*Como desaparece el humo, desaparecerán*» (Sal 67,3). Aquí¹⁶⁰ se predice el castigo de los pecadores. En efecto, el humo que surge de esta llama corruptible es una tenebrosa aglomeración que, cuanto más alto se alza, tanto más se debilita en el vacío. Acertadamente los pecadores viene comparados con él, porque de la llama de su maldad proceden acciones que son como el humo: éstas, aunque por la soberbia suben muy alto, necesariamente —como sucede con el humo—, cuanto más arriba se levantan, tanto más tienden a desaparecer¹⁶¹.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO

SOBRE LAS ASCUAS

Las ascuas, por su parte, significan los ilícitos deseos del alma, que ensucian el progreso de las obras humanas, como en el siguiente ejemplo: *Cuando camine sobre ascuas, no se le abrasarán los pies* (Prov 6,28). De aquí que esté escrito en el libro de Job con relación al Leviatán: «*Su aliento hace arder las brasas*» (Job 41,12)¹⁶².

¿A qué llama *ascuas*, sino a las mentes de los réprobos encendidas por los deseos interiores? [...]. Pues tantas veces el aliento del Leviatán enciende las ascuas, tantas otras la sugestión oculta arrastra las mentes humanas a los placeres ilícitos. «*Y de su boca sale la llama*» [Job 41,12], porque todo lo que dice por sí mismo o todo lo que dice por medio de sus pregoneros es fuego con el que se reduce a cenizas no el oro ni la plata, sino el leño, el heno y la paja¹⁶³.

¹⁵⁶Sigue *Clav.*, 12,2,49 (pág. 100).

¹⁵⁷Sigue *Rab.*

¹⁵⁸Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 17,10 (PL 70, 0126B).

¹⁵⁹Sigue *Rab.*

¹⁶⁰Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 67,3 (PL 70, 0462D).

¹⁶¹Sigue *Rab.*

¹⁶²Sigue GREG. M., *Moral.*, 33,38,67.68 (PL 76, 0716 A.B; 0717A).

¹⁶³Sigue *Rab.*; cf. *Clav.*, 10,2,84-87 (págs. 84-85).

CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO

SOBRE LOS CARBONES

[280] Los carbones significan la negrura de los pecadores. Por ejemplo: «*Carbones fueron encendidos por él*» (2Sam 22,9; [cf. Sal 17,9])¹⁶⁴.

Llama *carbones encendidos* a los pecadores, quienes, muertos como carbones, se hallan cubiertos por la ceguera de este mundo, pero que, gracias a una ardiente penitencia, reviven de nuevo y de ascuas apagadas pasan a ser carbones encendidos¹⁶⁵.

Parecido a esto es aquello otro que leemos en el salmo: «*Las flechas del valiente son agudas como carbones* [de desolación]» (Sal 119,4)¹⁶⁶. Algunos han querido entender que los carbones de desolación son los pecadores más repugnantes, apagados por sus malas acciones, cuyo miedo y recuerdo reconocemos que asolan nuestros vicios, cuando tememos cometer cosas como las que sabemos que ellos realizaron.

Pero puede entenderse también que dichos carbones sean las oraciones encendidas por el fuego de la caridad, que de tal modo nos limpian y purifican de nuestros pecados que lo que el diablo había constreñido en nosotros lo sentimos, por beneficio divino, completamente arrasado y destruido. O más aún lo que dice Isaías: *Y voló hacia mí uno de los serafines, llevando en su mano un carbón ardiendo, que con unas tenazas había cogido del altar, y, tocando mi boca, dijo: 'He aquí que esto ha tocado tus labios'. Y añadió: He aquí que he destruido tus iniquidades y te he purificado de tus pecados* (Is 6,6-7).

Esto se realiza ahora por don de la santa cruz, cuando signamos nuestros labios en recuerdo del Señor. Y tal vez no sin razón decimos que la señal de la cruz es el carbón de desolación, puesto que ahuyenta los pecados de los creyentes, aun cuando parece estar apagado para los malvados¹⁶⁷.

Del mismo modo, en aquello que está escrito: «*Como el vinagre para los dientes y el humo para los ojos, así es el perezoso para los que le encargan algo*» (Prov 10,26), el humo expresa la vanidad de los que van detrás de las pasiones de este mundo más que del deseo de la palabra de Dios.

CAPÍTULO VIGÉSIMO CUARTO

SOBRE LAS CENIZAS

Las cenizas, por su parte, significan la inanidad de la fragilidad humana. De ahí lo que está escrito en Salomón: «*¿De qué se jactará el que es tierra y ceniza?*» (Sir 10,9).

¹⁶⁴ Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 17,10 (PL 70, 0126B).

¹⁶⁵ Sigue Rab.

¹⁶⁶ Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 119,4 (PL 70, 0903C-D).

¹⁶⁷ Sigue Rab.; cf. *Clav.*, 10,2,89 (pág. 85).

De manera semejante, también pavesa. De ahí lo escrito en el libro de Job¹⁶⁸: «*Hago penitencia entre pavesas y cenizas*» (Job 42,6). En efecto, hacer penitencia entre pavesas y cenizas no es otra cosa que, contemplada la esencia suma, reconocer que uno es eso: pavesas y cenizas. De ahí las palabras que en el Evangelio dirige el Señor a la ciudad malvada: *Si en Tiro y en Sidón se hubiesen hecho los milagros que en vosotras, habrían hecho penitencia con cilicios y cenizas* (Mt 11,23). En el cilicio se muestra la aspereza y la punzada de los pecados; en la ceniza, el polvo de los muertos. Por esta razón ambas cosas se suelen aplicar a la penitencia, en modo que, por la punzada del cilicio, conozcamos qué hemos hecho por la culpa, y, en la pavesa de ceniza, consideremos atentamente a qué hemos sido reducidos por el juicio¹⁶⁹.

El leño a medio quemar y el tizón significan el género humano que ya, medio quemado, es arrancado de la condena del fuego eterno por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, como en Zacarías: «¿*Acaso no es éste un leño a medio quemar que ha sido sacado del fuego?*» (Zac 3,2).

Los dos tizones son los poderes de este mundo y los herejes, persiguiendo a una a la santa Iglesia, como se dice en Isaías: [281] *No tengas miedo de estos dos cabos de tizones humeantes* (Is 7,4)|.

CAPÍTULO VIGÉSIMO QUINTO

SOBRE LOS VIENTOS¹⁷⁰

El *ventus* [viento] es el aire removido y agitado que, según las distintas partes del cielo, recibe nombres diferentes. Se le llama *viento* porque es vehemente y violento¹⁷¹, pues su fuerza es tan grande que no sólo llega a arrancar de cuajo rocas y árboles, sino a trastornar también el cielo y la tierra y a remover los mares.

Cuatro son los vientos principales: el subsolano, que sopla de Oriente; el austro, que viene del Mediodía; el favonio, de Occidente, y el septentrión, conocido con su mismo nombre. Cada uno de ellos tiene, a su vez, otros dos vientos de la misma procedencia. Así, el subsolano tiene, por el lado derecho, el vulturno, y, por el izquierdo, el euro; el austro tiene, por su derecha, el euroaustro, y, por su izquierda, el euroáfrico; el favonio tiene, por su lado derecho, el áfrico, y, por el izquierdo, el coro; finalmente, el septentrión tiene, por su parte derecha, el cierzo, y, por su izquierda, el aquilón.

Estos doce vientos rodean con su soplo el entero globo terrestre. Cada uno de sus nombres responde a causas determinadas¹⁷², |como muestran los que se han dedicado a escribir sobre sus respectivas etimologías. Nosotros, por nuestra parte, nos disponemos a hablar únicamente de aquéllos que encontramos más frecuente en las sagradas Escrituras.

Ahora bien, el viento puede entenderse, unas veces, en sentido positivo, y, otras, en sentido negativo. En sentido positivo, por ejemplo: «*El que hace salir a los vientos de sus*

¹⁶⁸Sigue GREG. M., *Moral.*, 35,6, (PL 76, 0755B-C); cf. *Clav.*, 10,2,92 (pág. 85).

¹⁶⁹Sigue *Clav.*, 12,2,50-51 (pág. 101).

¹⁷⁰Sigue *Etym.*, XIII,11,1-4a.

¹⁷¹*Ventus* > *vehemens* / *violentus*.

¹⁷²Sigue *Rab.*

tesoros» (Sal 134,7), donde¹⁷³ no desacertadamente vemos expresados a los mismos apóstoles, cuya predicación, como viento velocísimo, recorrió el mundo entero.

Como también lo escrito en otro lugar: «*Subió sobre querubines y voló sobre las alas de los vientos*» (Sal 17,11¹⁷⁴). Se significa aquí la ascensión del Señor sobre los cielos y por encima de las potencias celestiales, donde, sentado ahora a la derecha del Padre, reina con Él y con el Espíritu Santo. *Volar sobre las alas de los vientos* es un hermoso modo de decir que la noticia de su nacimiento, pasión y resurrección recorre el mundo entero. Pues, ¿qué puede decirse más veloz que, estando recostado en una cuna, lo anunciara el resplandor de una estrella y que inmediatamente la noticia de su nacimiento fuera contemplada de una a otra parte del mundo?¹⁷⁵

Los vientos significan también las almas. De ahí que esté escrito: «*El que dio peso a los vientos*» (Job 28,25)¹⁷⁶. Por su velocidad y sutilidad los vientos suelen designar las almas [...]. Por tanto, las almas reciben peso, para que, por ninguna ligera sacudida, se vean ya precipitadas de lo que quiere Dios, sino que, por el firme peso de la constancia, se puedan mantener estrechamente unidas a Él. [...]. Puede ser también que *dar peso a los vientos* signifique atemperar con la mezcla de la debilidad la gloria de la que, gracias a sus virtudes, gozan aquí los elegidos¹⁷⁷.

Pero en el siguiente ejemplo, tomado del Evangelio, el viento tiene un sentido negativo: «*Descargó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y arremetieron contra aquella casa*» (Mt 7,25)¹⁷⁸. Por *lluvia* quieren algunos entender aquí las multiformes tentaciones del diablo; por *ríos*, las persecuciones abiertas y manifiestas; por *vientos*, los espíritus malignos¹⁷⁹.

De manera parecida, a lo que leemos en Job debe dársele también un sentido negativo: «*Lo levantará un viento que quema*» (Job 27,21)¹⁸⁰. *Viento que quema* viene llamado el espíritu maligno, que enciende en los corazones la llama de los deseos, para arrastrarlos a una eternidad de suplicios¹⁸¹.

De la misma manera, los espíritus soberbios reciben el nombre de vientos, como [282] en el profeta Oseas está escrito con relación a los herejes: «*Lo ató el viento con sus alas*» (Os 4,19). Y también: «*El viento alimentará a todos tus pastores*» (Jer 22,22). Y en otro lugar: *Al que se apoya en mentiras lo alimentan los vientos* (Prov 10,4)¹⁸².

Subsolanus [subsolano] es el viento que sopla de Oriente y es llamado así porque nace bajo la salida del sol¹⁸³.

[Significa la predicación del Evangelio que, procediendo del sol verdadero, vino a iluminar el mundo entero con la luz de la fe y de la sabiduría. De aquí lo que está escrito: «*Nacerá para vosotros, los que teméis mi nombre, un sol de justicia, y la salvación irá en sus*

¹⁷³Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 134,7 (PL 70, 0963C).

¹⁷⁴Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 17,12 (PL 70, 0126D-127A).

¹⁷⁵Sigue Rab.

¹⁷⁶Sigue GREG. M., *Moral.*, 19, 5, (PL 76, 0100 A.B.C).

¹⁷⁷Sigue Rab

¹⁷⁸Sigue RABAN., *In Matth.*, 2,7 (PL 107, 0852B); cf. RABAN, *In Eccl.*, 5,5 (PL 109, 0914B).

¹⁷⁹Sigue Rab.

¹⁸⁰Sigue GREG. M., *Moral.*, 18,20,32 (PL 76, 0054C).

¹⁸¹Sigue *Clav.*, 3,45 (pág. 15).

¹⁸²Sigue *Etym.*, XIII,11,4b.

¹⁸³Sigue Rab.

alas» (Mal 4,2)|¹⁸⁴.

El *auster* [austro] toma su nombre de sacar¹⁸⁵ las aguas. De aquí que haga más denso el aire y alimente las nubes. En griego, se le llama *nótos*, porque, a veces, corrompe el aire, pues, al soplar este viento, transmite a las demás regiones la pestilencia que nace del aire corrompido. Pero así como el austro es causa de mal olor, el aquilón lo repele¹⁸⁶.

[El austro significa, en ocasiones, el calor de la fe, como en el salmo: «*Como torrente en el austro*» (Sal 125,4).

Significa, otras, la gracia del Espíritu Santo, como se dice en el Cantar de los Cantares: «*Álzate, aquilón; ven, austro, llena con tu soplo mi huerto*» (Ct 4,16)¹⁸⁷.

Otras veces, significa el ardor del amor, como dice el salmo: «*Retiró del cielo el austro y, con su poder, trajo el áfrico*» (Sal 77,26).

Tiene igualmente un sentido negativo, cuando significa el fuego de las pasiones, que corrompe con la peste de los vicios las mentes de los hombres e introduce en el género humano la enfermedad del pecado. Por su parte, el viento que sopla de Occidente¹⁸⁸ recibe, en griego, el nombre de *zéphyros*, porque con su soplo vivifica las flores y semillas. En latín, se le llama *favonius*, porque favorece¹⁸⁹ todo cuanto está naciendo¹⁹⁰.

[Este viento halla una acepción positiva, cuando significa el ocaso de la muerte de Cristo, verdadero sol, de donde nacen las semillas de todas las virtudes y buenas obras de este mundo.

Por el contrario, su acepción es negativa, cuando significa la ausencia de una vida mejor. De aquí lo que, por el Profeta, se dice a los pecadores: «*Se pondrá el sol al mediodía*» (Am 8,9)|¹⁹¹.

El *aquilo* [aquilón] es llamado así porque se lleva las aguas¹⁹² y disipa las nubes, pues se trata de un viento frío y seco¹⁹³.

[Significa este viento al diablo y a los hombres infieles, así como la abundancia de la iniquidad y la carencia de la caridad. De ahí lo escrito en el Profeta: *Del aquilón se encenderán males para la tierra* (Is 14,31 [Jer 1,14])].

¹⁸⁴Sigue *Etym.*, XIII,11,6.

¹⁸⁵*Auster* > *haurire*.

¹⁸⁶Sigue *Clav.*, 3,40; cf. 3,41 (pág. 14).

¹⁸⁷Sigue *Rab.*

¹⁸⁸Sigue *Etym.*, XIII,11,8b.

¹⁸⁹*Favonius* > *fovere*.

¹⁹⁰Sigue *Rab.*

¹⁹¹Sigue *Etym.*, XIII,11,13.

¹⁹²*Aquilo* > *aqua*.

¹⁹³Sigue *Clav.*, 3,43 (pág. 14); cf. 6,1,16 (pág. 29).

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEXTO

SOBRE LA BRISA Y EL ALTANO¹⁹⁴

El vocablo *aura* [brisa] procede de *aer* [aire], como si dijéramos *aerea*, porque se trata de un suave movimiento del aire. El aire, al agitarse, origina la brisa. De ahí la expresión de Lucrecio¹⁹⁵: *Aereas auras*.

El *altanus* [altano], viento que sopla en mar, es llamado así por derivación de *altus* [profundo], es decir, alta mar. Es diferente al aire que sopla en la orilla y que hemos llamado *brisa*, pues la brisa es el viento que sopla en tierra¹⁹⁶.

[La brisa significa la placidez de un espíritu sano que contempla a Dios. De ahí que el profeta Elías, estando de pie en lo alto del monte en presencia del Señor, cuando vio un viento huracanado que descuajaba los riscos, dijo: «*El Señor no está en el viento*» (1Re 19,11). Y, pasado el terremoto de fuego, dijo: «*En el fuego no está el Señor. Y, tras el fuego, el soplo de un aura ligera. Al ver esto Elías, se cubrió el rostro con el manto y, saliendo, se puso en pie a la puerta de la cueva*» [1Re 19,12-13]¹⁹⁷.

Se afirma que en el terremoto y en el fuego no estaba el Señor, pero no se niega que estuviese en el ligero soplo del aura, porque ciertamente la mente, cuando queda suspendida en la sublimidad de la contemplación, todo lo que parece contemplar con mayor perfección no es Dios; pero cuando contempla algo sutil, esto es lo que percibe de la incomprehensible substancia de la eternidad. Pues percibimos algo así como [283] el soplo de una tenue brisa, cuando, con súbita contemplación, degustamos el sabor de la verdad inasible¹⁹⁸.

Por su parte, la tranquilidad del piélago, que llaman *altano*, significa la paz de la Iglesia en el mundo. Ésta, con el soplo del Espíritu Santo, tras la tempestad padecida en el mundo, desea llegar en feliz recorrido al ansiado puerto de la quietud eterna, como en aquella travesía del Señor con los discípulos en la barca, que, cuando la pequeña nave se veía cubierta por las olas, «*levantándose el Señor, dio orden a los vientos y al mar y sobrevino una gran calma*» (Mt 8,26).

Pero, en sentido topológico¹⁹⁹, significa también a cada uno de nosotros, instruidos por la fe católica e imbuidos del signo de la cruz del Señor, al disponernos a abandonar este mundo: subimos ciertamente con Jesús, no esforzamos por atravesar el mar; pero el que no durmió —y nunca dormirá—, custodiando siempre a Israel [cf. Sal 120,4], sin embargo, parece —a veces— dormir para nosotros que navegamos —por decirlo de algún modo— entre el estruendo del mar, cuando, al embravecerse éste entre los moderados esfuerzos de las virtudes, por el empuje de los espíritus inmundos, de la maldad de los hombres o de nuestros propios pensamientos, se oscurece el esplendor de la fe, se empequeñece la excelencia de la esperanza y se enfría la llama de la caridad. En verdad, en medio de tormentas de esta clase necesario es que corramos hasta aquel timonel, que despertemos sin tardanza a quien no se somete a los vientos, sino que manda sobre

¹⁹⁴Sigue *Etym.*, XIII,11,17-18.

¹⁹⁵LUCRECIO, V,501: *Aerias auras*.

¹⁹⁶Sigue *Rab.*

¹⁹⁷Sigue GREG. M., *Moral.*, 5,36,66 (PL 75, 0716 A); cf. RABAN, *In 3Reg.*, 19 (PL 109, 0211D).

¹⁹⁸Sigue *Rab.*

¹⁹⁹Sigue BEDA, *Hom.*, 3, 34 (PL 94, 0314B-C); cf. BEDA, *In Marc.*, 2,5 (PL 92, 0175C-D).

ellos: contendrá enseguida las tempestades, restablecerá la calma, nos hará llegar al puerto de la salvación|.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO

SOBRE EL TORBELLINO²⁰⁰

El *turbo* [torbellino] es el movimiento giratorio de los vientos. Su nombre se deriva de *terra* [tierra] porque, cuantas veces este viento se levanta, remueve el polvo en forma de círculo²⁰¹.

[El torbellino significa el ímpetu de las persecuciones o de las tribulaciones, como en Isaías: *Se ha hecho fortaleza del pobre [...], esperanza frente al torbellino* (Is 25,4)]²⁰².

El nombre de *tempestas* [tempestad] puede significar *tempus* [tiempo]. Éste es el sentido que la generalidad de los historiadores suele dar a la expresión latina *ea tempestate*, es decir, *en aquel tiempo*. Pero el nombre puede estar también en relación con el estado del cielo, porque la tempestad, cuando es de grandes dimensiones, se prolonga durante muchos días²⁰³.

[El torbellino significa o bien el azote que Dios envía contra los hombres, o bien las persecuciones a manos de la gente perversa.

Se lee, en efecto, en el libro de Job: «*Pero, respondiendo el Señor a Job desde el torbellino, dijo*» (Job 38,1)²⁰⁴. Considero que se deba hacer notar que, si se hablara a un hombre sano e incólume, el Señor lo habría hecho desde un lugar tranquilo; pero, puesto que habla a un alma hecha pedazos, dice el texto que habló desde el torbellino²⁰⁵.

En efecto, de un modo habla el Señor a sus siervos, cuando los conduce interiormente por el arrepentimiento; de otro modo les habla, cuando los aprieta con la severidad, en modo que no les venza la soberbia.

La dulzura del Señor, digna de ser amada, se manifiesta por medio de palabras llenas de cariño; pero su poder, digno de ser temido, mediante palabras terribles. Emplea aquéllas para dar impulso al alma, de manera que progrese; usa éstas para refrenar a la que se ensoberbece. Con aquéllas enseña lo que desea; con éstas, lo que teme. Por medio de aquéllas exclama: «*Goza y alégrate, hija de Sion, porque he aquí que vengo y habitaré en medio de ti*» [Zac 2,10]; por medio de éstas dice: [284] *El Señor camina entre la tempestad y el torbellino* (Nah 1,3).

Lleno de cariño está ciertamente el que viene para habitar en medio [de nosotros]; pero, cuando se insinúa a través de la tempestad y del torbellino, trastorna los corazones que toca y se

²⁰⁰Sigue *Etym.*, XIII,11,19.

²⁰¹Sigue *Clav.*, 3,67 (pág. 16).

²⁰²Sigue *Etym.*, XIII,11,20.

²⁰³Sigue *Rab.*

²⁰⁴Sigue GREG. M., *Moral.*, 28,1 (PL 75, 0447 A-B).

²⁰⁵TL: *Notandum video, quia si sano atque incolumi loqueretur ex tranquillitate Dominica locutio facta diceretur: scilicet quia fracto flatu loquitur, de turbine locutus fuisse describitur.* Compárese con Greg. M., más sencillo de entender: *Notandum video, quia si sano atque incolumi locutio facta diceretur, nequaquam de turbine locutus fuisse scriberetur. Sed quia flagellato loquitur, de turbine locutus fuisse scriberetur*, aunque véase nota a pie de página.

manifiesta para domeñar la soberbia, dándose a conocer potente y terrible²⁰⁶.

De aquí que esté escrito en el salmo: «*Los perseguirás en tu tempestad y en tu ira los trastornarás*» (Sal 82,16).²⁰⁷ Con la tempestad —dice—, esto es, en el momento del juicio²⁰⁸.

La tempestad significa también el examen del juicio, como en el salmo: «*A su alrededor una fuerte tempestad*» (Sal 49,3)²⁰⁹. Con razón viene comparado dicho examen con la tempestad|. En primer lugar, porque viene de pronto; después, porque conturba con subitáneo fragor y la repentina magnitud del peligro se apodera de la razón. Una tempestad de las aguas del cielo es, en efecto, cierta violenta agitación, que nos llena de un vehemente terror²¹⁰, al sentirnos sacudidos por una extraordinaria cantidad de agua.

Sigue diciendo: *Y en tu ira los trastornarás*. Ya he dicho muchas veces que la ira no puede concordar con la naturaleza de la divinidad, pero se trata de algo tomado del comportamiento de los hombres que, cuando juzgan a los criminales, se sienten trastornados por un ánimo encendido. Y no es otra la causa por la que los hombres²¹¹ condenan, sino cuando los crímenes cometidos los sacan fuera de sí²¹².

Pero el verso siguiente, referido a la persona del Señor, significa la persecución de los malvados: «*He llegado a la mar profunda y la tormenta me ha tragado*» (Sal 68,3)²¹³. El que caminó sobre el mar con pasos firmes y alargó su mano a Pedro para que no se hundiera [cf.], ¿cómo es que se dice que la tempestad lo ha tragado?. Aquí la copiosa profundidad del mar significa la locura del pueblo. Asimismo la tempestad es la violenta agitación de los dementes. Ella, en efecto, engulló al Señor Salvador nuestro, cuando lo hizo llegar hasta la cruz|.

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

SOBRE EL HURACÁN²¹⁴

Las *procellae* [huracanes] están formadas por rayos²¹⁵ y viento. Pero nada existe más veloz que el viento. De ahí que, por su gran celeridad, los poetas imaginan que tanto el viento como el raro están dotados de las, como [dice Virgilio²¹⁶]: *del alado Austro*²¹⁷.

|El huracán significa el tempestuoso furor de los perseguidores, que con amenazas, azotes y tormentos afligen a la Iglesia. Pero, en ocasiones, el Señor trueca a mejor las mentes mismas de los pecadores, para que, purificándose por la penitencia de sus anteriores crímenes, se

²⁰⁶Sigue Rab.

²⁰⁷Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 82,15 (PL 70, 0599C).

²⁰⁸Sigue *Clav.*, 3,67 (pág. 16).

²⁰⁹Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 82,15 (PL 70, 0599C-D); cf. *In Psalm.*, 49,3 (PL 70, 0350 A).

²¹⁰TL, *terminatur*; Cassiod., *terremur*.

²¹¹TL, *hominem*; Cassiod., *homines*.

²¹²Sigue Rab.

²¹³Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 68,2 (PL 70, 0478B-C).

²¹⁴Sigue *Etym.*, XIII,11,22b.

²¹⁵TL, *fluminibus*; léase *fulminibus*.

²¹⁶VIRGILIO, *En.*, VIII,430: *alitis Austri*. TL lee *alata vis Austri*.

²¹⁷Sigue Rab.

conviertan a las buenas obras. Pues en el salmo está escrito: «*Fuego, granizo, nieve, hielo, vientos huracanados, que cumplen su palabra*» (Sal 148,8)²¹⁸. Como ha sido dicho, el fuego, *el granizo, la nieve, el hielo y vientos huracanados*, en sentido alegórico, significan a los hombres que, en este mundo, consiguieron pasar desde las situaciones más turbulentas y perversas a los más plácidos deseos de una vida devota. ¿Y quiénes son los *que cumplen su palabra*, sino los que, desde lo impetuoso y malvado lograron alcanzar la gracia de su propia confesión?²¹⁹

Otras veces, en cambio, puesto que perseveran los hombres en sus acciones depravadas, se hacen reos de castigo eterno. De ahí que esté escrito²²⁰: «*Lloverán sobre los pecadores lagos de fuego, azufre y vientos huracanados, porción de su cáliz*» (Sal 10,7). *Fuego*, porque una inquietud ardiente los consume; *azufre*, porque sus propios pensamientos los ensucian con hedor detestable; *vientos huracanados*, porque una mente llena de tumultos los confunde; *porción de su cáliz*, es decir, la medida con que se embriagan con sus sucias acciones|.

²¹⁸Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 148,8 (PL 70, 1045B).

²¹⁹Sigue Rab.

²²⁰Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 10,8 (PL 70, 0095B).